

RICARDO WAGNER  
EL ORO DEL RHIN

— \* —  
LA WALKYRIA

Barcelona, 1907

DRAMAS MUSICALES

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

---

WAGNER

*Foto  
Curo rojo papel  
etiquetas*

EL ORO DEL RHIN

---

LA WALKYRIA

DRAMAS MUSICALES

N<sup>o</sup> 2

7/5/55

55,-

EL ANILLO DEL NIBELUNGO  
TETRALOGÍA

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

- MIS IDEAS.** . . . . . 1 pta.  
**EL ORO DEL RHIN.—LA WALKYRIA.**  
1 volúmen . . . . . 1 »  
**SIEGFRIED.—EL OCASO DE LOS**  
**DIOSES.** 1 volúmen . . . . . 1 »

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC, Biblioteca Universitaria, 2024

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO-Vol. 42

---

**RICARDO WAGNER**

---

**EL ANILLO DEL NIBELUNGO**

**TETRALOGÍA**

---

**EL ORO DEL RHIN**

**PRELUDIO, EN 4 CUADROS**

**LA WALKYRIA**

**PRIMERA PARTE, EN 3 ACTOS**

VERSION CASTELLANA

DE

**ANTONIO DE VILASALBA**



**LIBRERIA DE ANTONIO  
LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA  
DEL CENTRO, 20.-BAR-  
CELONA: : : : : 1907.**

---

**Imprenta de F. Badía, Deu, 14, —Barcelona**

# EL ANILLO DEL NIBELUNGO

PRELUDIO



## EL ORO DEL RHIN

## PERSONAJES

WOTAN. . .	}	Dioses.
DONNER. . .		
FROH. . . . .		
LOGE. . . . .		
ALBERICH. .	}	Nibelungos.
MIME. . . . .		
FASOLT. . . .	}	Gigantes.
FAFNER. . . .		
FRICKA. . . .	}	Diosas.
FREIA. . . . .		
ERDA. . . . .		
WOGLINDA..	}	Ninfas.
WELGUNDA.		
FLOSHILDA. .		
		Nibelungos

## ESCENA

Cuadro 1.º—*En el fondo del Rhin.*

Id. 2.º y 4.º—*En la cima de un monte inmediato al Rhin.*

Cuadro 3.º—*En las cavernas de Nibelheim.*



## CUADRO PRIMERO

EN EL FONDO DEL RHIN.—Crepúsculo de matices verdosos é intensos en las alturas, y oscuros en el fondo. Cubre la altura el agua ondulante y corriente en dirección á la izquierda. En las lejanías flota densa neblina, confundándose con las aguas hasta la altura de un hombre. Asperas rocas surgen de todos lados ciñendo la escena. Por sus hendiduras se divisan profundos abismos sumidos en la oscuridad. En el centro se eleva un peñón, cuya cúspide baña el crepúsculo. Alrededor de este peñón nada y se rebulle con animados gestos WOG-LINDA, una de las ninfas del Rhin.

WOG-LINDA.—¡Weial! ¡Waga! Ondea ola verde, vente hácia acá. ¡Wagalaweial! ¡Wallala weiala weial!

LA VOZ DE WELGUNDA.—(De lo alto) Wog-linda, ¿velas tú sola?

WOG-LINDA.—Contigo seríamos dos.

WELGUNDA.—(Llega á la roca nadando) A ver como vigilas. ¡Pugna para alcanzar á su compañera).

WOG-LINDA.—(Nadando) Déjame libre. (Jugue-  
tean y se persiguen mutuamente).

LA VOZ DE FLOSHILDA.—(De lo alto) ¡Heiala weial! ¡Desdeñosas amigas!

WELGUNDA.—¿Vienes Floshinda? Mira, se me escapa Wog-linda: tratemos de alcanzarla.

FLOSHILDA.—(Se zambulle y aparece luego entre sus compañeras) Cuidad de vigilar el Oro. Alerta, os digo, sino pararán mal

vuestros juegos. (*Se separan con gran alborozo. Flosshilda trata de alcanzar ora la una ora la otra, pero es perseguida á su vez por sus compañeras que se aunan para embestirla. Asi, entre retozos y risas se deslizan como peces de peña en peña. En esto, surge Alberich de un precipicio, escala una roca, se detiene envuelto todavía en tinieblas y observa con creciente complacencia los juegos de las ninfas.*)

ALBERICH.—¡Hola, hola, ondinas! ¡Gentiles ninfas! Yo abandono las oscuridades del Nibelheim y vengo gustoso á vosotras. Ea, acercaos. (*Al oír las ninfas la voz de Alberich suspenden sus juegos.*)

WONGLINDA.—¡Eh! ¿quién anda por ahí?

FLOSSHILDA.—Todo es tinieblas y se oyen voces.

WELGUNDA.—Mirad quien nos acecha. (*Se sumergen y miran al nibelungo.*)

WONGLINDA Y WELGUNDA.—¡Ufl... ¡Que hombre tan feo!

FLOSSHILDA.—(*Apareciendo súbitamente*) Alerta, os repito; vigilad bien el Oro. Ya sabéis que nuestro Padre nos previno contra ese enemigo. (*Las otras la siguen y las tres se agrupan en el peñón del centro.*)

ALBERICH.—¡Eh! ¡Ninfas!

LAS TRES.—¿Que quieres de nosotras?

ALBERICH.—¿Os estorbo si me quedo aquí mirándoos? Ea, moveos, y nos divertiremos todos juntos.

WONGLINDA.—¿Tú jugar con nosotras?

WELGUNDA.—Quiere hacernos burla.

ALBERICH.—¡Como resplandece vuestra hermosura! ¡Quien pudiera estar junto á vosotras y abrazaros!

FLOSSHILDA.—¡Está enamorado! (*Riendo*) Ea, fuera miedo!

WELGUNDA.—¡Lujurioso! ¡Torpe!

WUOLINDA.—Dejad que nos vea. (*Se desliza hacia la roca donde se halla Alberich*).

ALBERICH.—Ya viene hacia acá.

WUOLINDA.—Acércate.

ALBERICH.—(*Trepando con agilidad diabólica, pero resbalando y deteniéndose á menudo*) Resbaladizo camino, en verdad. ¡Como relucen las piedras! Ni con las manos ni con los piés puedo agarrarme al peñasco. El lodo me estorba y las narices se me llenan de agua. (*Estornuda*) ¡Ay de mí! (*Se acerca á Woglinda*).

WUOLINDA.—(*Riendo*) No por eso deja de ser gentil mi galán.

ALBERICH.—Éntrégate á mí, niña hermosa. (*Quiere abrazarla*)

WUOLINDA.—(*Huyéndole*) Si quieres cortejarme, ven acá. (*Se encarama á otra roca. Sus hermanas se ríen*).

ALBERICH.—(*Rascándose la cabeza*) No podré, si te vas. ¡Vuelve otra vez! Lo que es fácil para tí, para mí es imposible.

WUOLINDA.—(*Bajándose á otra roca*) Vamos, bájate de ahí, á ver si me alcanzas.

ALBERICH.—(*Descendiendo acelerado*) Allá voy, pues.

WUOLINDA.—(*Encaramándose á otra roca más elevada*) Ahora, vuelve á subir. (*Las ninfas sueltan carcajadas*).

ALBERICH.—¡Desdeñosa! ¡Ay de tí si te alcanzo! (*Trata de precipitarse hacia ella*) ¡Aguarda, traidora!

WELGUNDA.—(*Que se ha bajado á un peñasco del otro lado y junto á un escollo*) ¡Eh! Tú, enano gentil ... Dí, ¿no me oyes?

ALBERICH.—(*Volviéndose*) ¿Me llamas á mí?

WELGUNDA.—Oye un consejo. Deja á Woglinda y vente conmigo.

ALBERICH.—(*Trepando acelerado hacia Welgunda*) Tú eres más hermosa que aquella traidora. Vamos, si me quieres baja hasta aquí.

WELGUNDA.—(*Moviéndose en dirección de Alberich*) ¿Me tienes bastante cerca?

ALBERICH.—Todavía no. Cíñenme tus brazos esbeltos. Deja que te acaricie, que estalle mi pasión y que pueda mecirme con deleite sobre tus mórbidos pechos.

WELGUNDA.—¿Conque estás enamorado? Acércate, pues, deja que te vea. ¡Uf, que asquerosidad! ¡Jorobado, velloso, pequeño, súcio y apestando azufre! Anda, vé en busca de otra á quien agrades más.

ALBERICH.—(*Intentando sujetarla á la fuerza*). Quieras que no, serás mía.

WELGUNDA.—(*Subiéndose al peñón del centro*) Sujétame fuerte, sino escapo. (*Sus hermanas sueltan carcajadas*).

ALBERICH.—(*Desatándose en amenazas*) ¡Pérfida! ¡Pez frío y lleno de escamas! Vé á que te cortejen las anguilas, si tan asqueroso y torpe te parezco.

FLOSHILDA.—¡Qué! ¿Te irritas? ¿Desmayas? Si aquellas te rechazaron tal vez obtendrás de mí tiernos consuelos.

ALBERICH.—¡Delicioso canto es éste que llega hasta mí! ¡Qué placer! Entre tantas como sois, á alguna he de agradar. Si quieres que te crea, vente hacia acá.

FLOSHILDA.—(*Nadando llega hasta Alberich*) ¡Cuán torpes y locas sois, hermanas! ¿Conque no se os antoja hermoso?

ALBERICH.—(*Corriendo á Floshilda*) A todas las encuentro feas y necias desde que te he visto.

FLOSHILDA.—(*Acariciándole*) ¡Oh! Sigue cantando con esa voz tierna y seductora!

ALBERICH.—(*Acariciándola confiado.*) Mi corazón palpita de gozo al oír tus lisonjas.

FLOSHILDA.—(*Rechazándole con blandura.*) ¡Cómo se recrean mis ojos teniéndote cerca! ¡Cómo me anima tu dulce sonrisa! (*Le atrae suavemente.*) Ven, yo te amo.

ALBERICH.—¡Oh, niña gentil!

FLOSHILDA.—¡Ah, si tú me amases!

ALBERICH.—¡Ah, si fueses verdaderamente mía!

FLOSHILDA.—(*Estrechándole entre sus brazos.*) ¡Ojalá pudiera contemplar siempre tu mirada penetrante y tu áspera barba! Quisiera acariciar siempre tu cabellera majestuosa, tus punzantes y desordenados rizos. Quisiera extasiarme mirando tus ademanes de zapo y oyendo tu voz ronca y tus graznidos (*Woglinda y Welgunda se han acercado nadando y sueltan estrepitosas carcajadas*)

ALBERICH.—(*Irguiéndose asustado.*) ¿Os reís de mí, malvadas?

FLOSHILDA.—(*Escapándose súbitamente.*) ¡Qué fácil me ha sido seducirle! (*Se reúne con sus hermanas y ríen las tres.*)

ALBERICH.—(*Gimiendo y con voz lastimosa.*) ¡Oh, desdicha! ¡Oh, dolor! ¡También me engañó, tan buena y franca como parecía! ¡Pérfidas; astutas! ¡Casta malvada y traidora! ¡Casta que sólo se nutre de mentiras!

LAS TRES NINFAS.—¡Wal-la-la! ¡la-la-leial! ¡leia-la-leil! ¡hei-a! ¡ha-ha! Avergüénzate, miserable, y cesa de murmurar. Escucha á quien te aconseja. Cobarde, ¿por qué no supiste retener á la que amabas? Jamás traicionamos al galán que sabe retenernos. Intenta otra vez la prueba. Animo, que en el agua no es fácil escapar. ¡Wal-la-la! ¡la-la-leial! ¡leia-la-leil! ¡hei-a! ¡ha-heil! (*Nadan*)

*en todas direcciones para excitar á Alberich á que las persiga.)*

ALBERICH.—¡Mi sangre arde y me abrasa! ¡Me acometen deseos locos! ¡Amor salvaje me exalta! Por más que riáis y disimuláis mi lujuria se desatará contra vosotras, y alguna se me rendirá *(Hace esfuerzos desesperados para alcanzarlas. Salta con extraordinaria agilidad de roca en roca, yendo en pos de una y otra sin poder rozarlas. Tropezca, cae, vuelve á levantarse, hasta que cesando en su empeño, jadeante, enfurecido, fuera de sí, les amenaza con el puño, exclamando:)* ¡Una, una sola me bastaría! *(En esto se detiene asombrado, y toda su atención se concentra en el siguiente espectáculo. Deslízase hasta el fondo de la corriente un rayo de luz, cuya intensidad aumenta por grados. Al resplandecer en el peñón del centro esa luz se hace tan viva que deslumbra: es el Oro que despide una iluminación fantástica.)*

WUOLINDA.—Ved cómo sonrío en el fondo la luz del alba.

WELGUNDA.—A través de las verdes ondas, saluda al durmiente.

FLOSHILDA.—Y besa sus ojos para que los abra.

WELGUNDA.—Ved cómo reluce y centellea.

WUOLINDA.—A lo lejos esparce sus rayos deslumbradores.

LAS TRES.—*(Nadando alrededor del peñón.)*  
 ¡Hei-a ja-hei-a! ¡Wal-la-la! ¡la-la-la! ¡lei-a ja-heil! ¡Oro, Oro puro, vivificador de los abismos, ven, retoza con nosotras, esparce tus rayos, sal de tu lecho divino! ¡Hei-ha ja-heil! ¡Hei-a ja-hei-a! Despierta amigo; juegos de amor serán nuestro regalo. Rodearemos tu lecho cantando y bailando.

Las aguas relucen gozosas. ¡Oro, Oro puro!  
 ¡Hei-a ja-hei-a! ¡Wal-la-la la-la la lei-a ja-  
 heil (*Siguen nadando. El río se llena de luz  
 dorada*)

ALBERICH.—(*Que sigue absorvido en el fulgor  
 del oro.*) Decidme, ninfas, ¿de dónde brota  
 ese brillo radiante?

LAS TRES.—Dinos, velloso, ¿de dónde vienes  
 que nunca oíste hablar del Oro del Rhin?

WELGUNDA.—¿Acaso ignoras que su ojo vela y  
 duerme alternativamente?

WOGLINDA.—¿Y que del fondo del río esparce  
 su luz cual estrella radiante?

LAS TRES.—¡Mira cuán felices nadamos en su  
 brillo! ¡Cobardel si quieres bañarte en él,  
 vente con nosotras y jugaremos juntos.  
 ¡Wal-la-la la-la lei-a la-lei! ¡Wal-la-la la-la  
 lei-a ja-heil

ALBERICH.—Poco valdrá ese oro si solo os sir-  
 ve de juego.

WOGLINDA.—No despreciarías sus riquezas si  
 conocieses todas sus maravillas y prodi-  
 gios.

WELGUNDA.—Poseyendo el anillo de Oro del  
 Rhin serías dueño del mundo y omnipo-  
 tente.

FLOSHILDA.—Así dijo nuestro Padre al orde-  
 narnos que vigilásemos cautelosamente el  
 tesoro. Y basta de charlas.

WELGUNDA.—Veamos, ¿por qué nos temes?  
 ¿Sabes quién es el único investido del po-  
 der de forjar el anillo de Oro del Rhin?

WOGLINDA.—Quien desprecie la esclavitud del  
 amor y renuncie á sus deleites se apodera-  
 rá del anillo.

WELGUNDA.—Entonces podemos seguir des-  
 cuidadas: nadie renunciará á tales encan-  
 tos.

WOGLINDA.—Y mucho menos ese lujurioso,

que se pasaría la vida abrasándose de amor.

FLOSHILDA.—Yo no le temo: me acosó furioso y burlé su amor.

WELGUNDA.—Arde como el azufre, y se sumerge en el río para extinguir el fuego amoroso que le devora.

LAS TRES.—¡Wal-la-lal! ¡Wal-la-lei-a-la-lal! Ea, ven acá y retoza con nosotras. ¡Qué hermoso pareces a la luz del Oro! ¡Llégate á nosotras, galán! ¡Hei-a ja-hei-a! ¡Hei-a ja hei-a! ¡Wal-la-la la-la-la lei-a ja hei! (*Se zambullen, retozan y rien.*)

ALBERICH.—(*Absorto en el oro, ha oído la conversación de las tres hermanas*) ¿Conque el mundo es mío si te alcanzo? ¿Si no me vence el amor gozaré de todos los demás placeres? (*Levantando la voz*) ¡Burlaos, burlaos, el nibelungo jugará con vosotras! (*Corre furioso hacia el peñón de enmedio y trepa con extraordinaria rapidez hasta la cima. Las ninfas se dispersan.*)

LAS TRES.—¡Hei-a! ¡hei-a! ¡hei-a ja-hei! ¡Huyamos, huyamos de su furia! Se zambulle y chapotea. El amor le ha vuelto loco. (*Rien.*)

ALBERICH.—(*En la cima del peñón.*) ¿No tenéis miedo? Pues galanteadme á oscuras. (*Tendiendo la mano hacia el oro.*) Os apagaré la luz, arrancaré el Oro de aquí y forjaré el anillo vengador. ¡Oyeme, Rhin! ¡Maldito sea el amor! (*Arranca con impetu el oro de la roca, se sumerge con él en el abismo y desaparece. Reina súbitamente la más profunda oscuridad. Las ninfas desaparecen en persecución del ladrón.*)

FLOSHILDA.—¡Detened al ladrón!

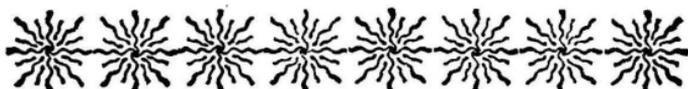
WELGUNDA.—¡Salvad el Oro!

WONGLINDA.—¡Pronto!

LAS TRES.—¡Pronto! ¡Socorro! ¡Sacorro! (*Con*

*ellas desaparece el agua hacia el fondo, en donde suena la risa sarcástica de Alberich. Las peñas desaparecen en la oscuridad. La escena se inunda de agua negra que desciende gradualmente y se disuelve en nubes. Después clarea una luz crepuscular, y las nubes se convierten en niebla que luego se desvanece hacia arriba en sútiles girones. A todo esto, la luz se ha hecho más viva, destacándose claramente la planicie de una montaña.)*

TELON



## CUADRO SEGUNDO

LLANURA MONTAÑESA.—EI albor matinal alumbra con luz creciente, un castillo de relucientes almenas, erigido en la cima de un peñón. Entre éste y el primer término se supone un hondo valle por donde corre el Rhin. A la derecha, recostados sobre el césped, duermen WOTAN y FRICKA.

FRICKA.—(*Se despierta, mira al castillo y se yergue con admiración y espanto*) ¡Wotan, esposo, despierta!

WOTAN.—(*Soñando*) Los placeres divinos me cierran las puertas: el honor y el poder alcanzarán la gloria.

FRICKA.—(*Sacudiéndole*) Despierta del dulce engaño del sueño: despierta y reflexiona.

WOTAN.—(*Despierta, se incorpora y clava la vista en el castillo*) Terminada veo la obra eterna. Magestuoso se alza sobre aquel agreste pico el castillo de los dioses. Allí está, hermoso, sublime, y fuerte, tal como lo forjó mi fantasía, tal como lo edificó mi voluntad.

FRICKA.—Lo que á tí te regocija, á mi me apesadumbra. Tu te complaces en la obra; yo temo por Freia. Haz memoria y recuerda tu promesa. Se acabó el castillo, pero tu te olvidas lo pactado.

WOTAN.—No; bien presente lo tengo. Domino desde ahora la raza arrogante que lo erigió

para mi augusta morada. Agradézcaselo, y no te apures por la recompensa.

FRICKA.—¡Oh, ligereza culpable! ¡Oh, vanidad despiadada! Si yo hubiese sabido tus pactos, evitara el engaño: pero vosotros los hombres tratáis con gigantes alejando las mujeres y desoyendo sus consejos. Así fué vendida vilmente mi buena hermana Freia! Para vosotros nada hay sagrado: sólo ambicionáis el poder.

WOTAN.—¿Por ventura fuiste agena á mi ambición al desear el castillo?

FRICKA.—Creyendo infiel al esposo, bien tenía que pensar en cautivarle. He aquí porque ideaba un hogar envidiable y delicioso, hé aquí por que pensaba prenderte con suaves cadenas en brazos del descanso. Pero tú al edificar el castillo sólo pensaste en alcanzar gloria y poder. Yo digo: tu alcázar se alza orgulloso para desatar tormentas.

WOTAN.—(Sonriendo) Si tú como esposa ansiabas cautivarme, bien me concederás que intente yo cautivar el mundo. Todo lo que vive gusta de la variedad y el cambio. Yo tampoco puedo librarme de ello.

FRICKA.—¡Hombre despreciable, corazón sin amor! ¿Ambicionando los frívolos placeres del poder, desdeñarás á tu esposa y la voluntad que ella te profesa?

WOTAN.—(Severamente) Para hacerte esposa mía, perdí un ojo. ¿A qué regañarme ahora sin motivo? Tengo en gran estima á la mujer, más de lo que tú quisieras, y nunca pensé en entregar á la buena Freia.

FRICKA.—(Mirando ansiosa hacia la derecha) Pues protégela ahora que llega desolada en busca de socorro.

FREIA.—(Entrando apresurada) ¡Socorro, her-

mana mía! ¡Protégeme, Wotan! Fasolt me amenazó con llevarme á las rocas.

WOTAN.—Deja que te amenace. ¿Has visto á Loge?

FRICKA.—Siempre te fias de ese astuto. A pesar del daño que nos hace todavía consigue engañarte.

WOTAN.—Donde triunfa el valor nunca necesité consejos de nadie; mas para burlar la envidia del enemigo fuerza es acudir á la astucia, y Loge es maestro en ella. El me aconsejó el contrato y prometió salvar á Freia.

FRICKA.—Y luego te deja solo. Allí vienen los gigantes á grandes pasos. ¿Donde está la ayuda del sagaz?

FREIA.—¿Por qué no vienen mis hermanos á auxiliarme, ya que Wotan me desampara y me abandona? ¡Socorro, Donner! ¡Aqui, Froh mío!

FRICKA.—Esos, después de preparar la emboscada, te hicieron traición y se alejaron de tí.

Entran FASOLT y FAFNER por la derecha. Ambos son de estatura gigantesca y van armados con tremendas porras.

FASOLT.—Mientras las dulzuras del sueño tenían cerrados tus ojos, nosotros incansables construimos el castillo. Amontonamos piedra sobre piedra, dimos forma á puertas y ventanas, dejamos listos los muros y rematamos la esbelta torre que domina el palacio de los dioses. Contempla á la luz del día el resultado de nuestras tareas. Entra y cúmprenos lo pactado.

WOTAN.—Decid: ¿cuánto os he de pagar? ¿cuáles son vuestras condiciones?

FASOLT.—Pactamos las que más convenientes

nos parecieron. ¿Tan poca memoria tienes? La hermosa Freia es nuestra recompensa: por ella venimos.

WOTAN.—¡Estáis locos! Pedid otra: yo no entrego á Freia.

FASOLT.—(*Mudo de rabia un instante y luego enfurecido*) ¿Qué dices? ¿Proyectas alguna traición? ¿Piensas engañarnos? ¿Será vano juguete el contrato que tienes grabado en tu lanza?

FAFNER.—(*Con ironía.*) Ya ves ahora el engaño, hermano.

FASOLT.—Oye, hijo de la luz; sé fiel á tus pactos, que sólo á ellos debes cuanto eres. Por más que tu sabiduría aventajara á nuestro ingenio, te obligaste á mantener la paz: y si ahora faltas á tu palabra, maldito sea tu saber. Soy torpe y grosero, lo sé; pero tú que eres un sabio, ¿qué dices?

WOTAN.—¿Cómo tomas por lo serio lo que fué una chanza! No se crió para vosotros, gente ruda y miserable, la lozana y dulce Deesa.

FASOLT.—¿Cuán sin razón nos desprecias! Vosotros que sólo á la belleza debéis vuestro poderío, despreciáis el amor por obtener un palacio de piedra. En cambio nosotros, fatigamos la mano encallecida, por alcanzar el cariño de una mujer que viva á nuestro lado, ¡y llamas errado el pacto!

FAFNER.—¡Basta de inútiles palabras! ¡Busquemos otra solución! De poco sirve Freia, pero mucho su compañía. (*Bajando la voz.*) Crecen en el jardín de los dioses manzanas de oro y sólo ella sabe cuidarlas: con ellas alimenta á sus parientes y les da juventud perpétua. Si les falta Freia morirán viejos y débiles. (*Con rudeza.*) ¡Por eso hemos de llevarla!

WOTAN.—(*Aparte.*) Mucho tarda en llegar Loge.

FASOLT.—¡Pronto! ¡Contéstame sin rodeos!

WOTAN.—Pedid otra recompensa.

FASOLT.—Ha de ser Freia: no hay otra.

FAFNER.—(*Arrojándose con Fasolt sobre Freia.*)  
¡Vente con nosotros!

FREIA.—(*Escapando*) ¡Sálvame Froh! ¡Sálvame de esas fieras!

Entran precipitadamente DONNER y FROH.

FROH.—(*Cogiendo á Freia entre sus brazos.*)  
¡Ven conmigo, Freia! ¡Apártate, atrevido!  
¡Froh la protege!

DONNER.—(*Encarándose con los gigantes.*) ¿No habéis sentido aún el duro golpe de mi porra?

FAFNER.—¿A qué vienen ahora las amenazas?

FASOLT.—Hemos venido á reclamar nuestro sueldo, no á combatir.

DONNER.—(*Blandiendo el mazo.*) Más de una vez os he pagado ya: nunca quedé á deber á usureros. Acercáos y os ajustaré la cuenta.

WOTAN.—(*Interponiendo su lanza entre los combatientes.*) Detente, no hagas nada por la fuerza. Mi lanza defiende el pacto. Arroja tu porra.

FREIA.—¡Oh, desdicha! ¡Wotan me abandona!

FRICKA.—¿Llegaré á comprender tus intenciones, hombre cruel?

WOTAN.—(*Volviéndose hacia el fondò y distinguiendo a Loge.*) Loge al fin. (*Entra Loge.*)  
¿Vienes á remediar el mal contrato que hiciste?

LOGE.—¡Cómo! ¿Qué contrato? ¿El de los gigantes? Yo amo las alturas y no gusto de

praderas, casa ni hogar. Eso lo dejo para Donner y Froh que piensan casarse. Wotan deseaba un palacio, un castillo. Los muros almenados rodean ya el alcazar; el patio y el gran salón quedan terminados: yo mismo examiné sus majestuosas paredes y respondo de la solidez de la obra. Fasolt y Fafner ejecutaron sus trabajos con previsión y maestría. No estuve pues ocioso, como otros que me oyen, y quien diga lo contrario miente.

WOTAN.—Con gran astucia eludes mis preguntas, pero guárdate de engañarme. Soy entre todos los dioses tu único amigo: ellos sospechan de tí y yo te protejo. Habla y aconséjame bien. Cuando éstos alzaron el castillo pidieron en recompensa á Freia: yo consentí porque tú me prometiste salvarla.

LOGE.—Prometí buscar asiduamente un medio de evadir el compromiso; pero no lo que es imposible.

FRICKA.—(A Wotan.) Mira en qué astuto malvado pusiste tu confianza.

FROH.—(A Loge.) Te llaman Loge, pero yo te digo Falso.

DONNER.—¡Traidor! ¡Ay de tí!

LOGE.—Para cubrir su afrenta todos me maltratan. (Donner acomete á Loge).

WOTAN.—(Interponiéndose) Dejad en paz al amigo. Conozco sus artificios. Cuanto más se hace esperar más vale su consejo.

FAFNER.—Basta de vaciaciones: pagadnos pronto.

FASOLT.—Harto hemos esperado.

WOTAN.—(A Loge con severidad) Oye y contesta, testarudo: ¿por donde andabas hoy?

LOGE.—Siempre premiasteis con ingratitud mis favores. Por tí iba buscando algo que

dar á los gigantes en sustitución de Freia. ¡Trabajo inútil! Me convencí de que no había en el mundo, para el hombre, nada que pueda suplir los hechizos de la mujer. (*Asombro en los presentes*). Donde quiera reine la vida, en el agua, en la tierra, en el aire, donde el movimiento y la fuerza obran sus prodigios, donde crecen y se desarrollan los gérmenes, nada hay que equivalga al cariño, al amor de la mujer. En ninguna parte hallé quien renunciara á él. (*Otro movimiento de asombro*). Sólo uno existe que trueque los hechizos del amor por el brillo del Oro. Las blancas ninfas del Rhin me contaron sus pesares. Quéjense del tenebroso nibelungo Alberich; quien después de haberlas solicitado envanó sus cariños, y enfurecido por sus desdenes, se vengó robándolas el Oro. Ahora, se dirigen á tí, Wotan, pidiéndote castigos al ladrón y las devuelves el tesoro robado. (*Todos asienten*). Me encargaron que así te lo dijera y cumplo con ésto.

WOTAN.—Torpe eres si no hablas con malicia: ¿como quieres que socorra á otros cuando me ves á mi mismo en tal apuro?

FASOLT.—(*Que habrá escuchado muy atento, dice á Fafner*) No consiento que posea tan gran tesoro el maldito enano. Mucho nos dió que hacer hasta ahora y siempre le salvaron sus ardides.

FAFNER.—Algún otro acto de envidia proyectará el nibelungo si el Oro le dá su poder. Oye, Loge; dinos sin engaño: ¿qué hechizo tiene ese Oro para que el Alb le aprecie en tanto?

LOGE.—Sumergido en el fondo de las aguas, es mero juguete para divertir á las ninfas; más, quien logre con él formar un anillo,

tendrá en sus manos el dominio del mundo entero.

WOTAN.—(*Pensativo*) A menudo oí ponderar el valor del tesoro del Rhin y sus maravillosos fulgores, y el poderío inmenso, el sin número de riquezas que se alcanzan con el anillo.

FRICKA.—(*A Loge, en voz baja*) ¿Sirve también ese Oro reluciente, de joya para adorno de mujeres?

LOGE.—La hermosa que llegase á poseer las joyas que forjan los enanos bajo el poder del anillo, se aseguraría la fidelidad de su marido.

FRICKA.—(*A Wotan con efusión*) ¿Y no podría el mío obtener ese Oro?

WOTAN.—(*Presa de creciente fascinación*) ¡Poseerle! Creo me sería de gran utilidad. Pero ¿cómo alcanzarle, Loge, y cómo aprender el arte de forjar esa joya?

LOGE.—Un mágico encanto convierte el Oro en anillo: es un secreto, mas quien renuncia al amor lo descubre facilmente. (*Wotan gesticula desanimado*) Llegas tarde: Alberich no dudó y pudo más que el hechizo. (*Desesperado.*) El enano forjó el anillo

DONNER.—(*A Wotan*) Si no se lo arrebatamos, el Alb nos dominará á todos.

WOTAN.—El anillo será mío.

FROH.—Fácil es ahora, pues no hay que renunciar al amor.

LOGE.—(*Gritando*) Ni se requiere artificio alguno: es un juego de niños.

WOTAN.—Pero, dime, ¿qué debo hacer?

LOGE.—Robarlo simplemente: no harás más que quitarle á un ladrón lo que él robó: ¿Hay algún medio más sencillo para salir ganando? Pero el nibelungo usando de su astucia se defenderá cuanto pueda. Ten-

drás que acercarte á él con cautela, á fin de rescatarle el tesoro que tanto lloran las ninfas, y devolvérselo á ellas mismas, que es precisamente lo que te piden.

WOTAN.—¿A las ninfas del Rhin? No comprendo este consejo.

FRICKA.—Nada quiero con ellas: han hechizado, ¡oh desdicha! y seducido á muchos hombres. (*Wotan, silencioso y luchando consigo mismo. Los demás dioses le contemplan esperando ansiosos su resolución. Fafner y Fasolt deliberan aparte.*)

FAFNER.—(*A Fasolt*) Créeme; más vale el Oro que Freia: el que llega á poseerlo alcanza eterna juventud. (*Fasolt parece convencido á despecho suyo. Los dos gigantes avanzan resueltamente hacia Wotan*) Oye, Wotan: quédese Freia con vosotros y danos en cambio el Oro del nibelungo. —

WOTAN.—¿Estáis en vuestro juicio? ¿Cómo queréis, desvergonzados, que os dé lo que no tengo?

FAFNER.—Mucho trabajo nos costó levantar aquel castillo: á tí en cambio te será muy fácil con tu astucia coger al nibelungo.

WOTAN.—(*Con resolución*) ¿Y he de tomarme por vosotros tal molestia? ¿Prender al Alb? ¡Descarados! ¡Codiciosos! ¿Así pagáis mis favores?

FASOLT.—(*Coge á Freia y la lleva á un lado con Fafner*) Tú aquí con nosotros. Servirás de rehenes.

FREIA.—¡Guay!... ¡Guay!... ¡Ay! (*Los dioses quedan consternados.*)

FAFNER.—La llevaremos lejos de aquí: hasta la caída de la tarde será considerada como prenda. Pero si al volver no nos pagais con el Oro del Rhin...

FASOLT.—Entonces habrá acabado la tregua y Freia será para siempre nuestra.

FREIA.—(*Mientras los gigantes se apresuran á llevarla*) ¡Hermana! ¡Hermanos! ¡Salvadme!

FROH.—¡Corramos tras ellos!

DONNER.—Arriesgámoslo todo. (*Mira á Wotan como inierrogándole*).

LOGE.—(*Siguiendo con la mirada á los gigantes*) Por breñas y zarzales bajan al valle. Ya vadean el Rhin. Veo á Freia desolada y colgando de los hombros de aquellos malvados. ¡Heia! ¡Heil! ¡Como se apresuran los torpes! Ya trasponen la llanura; seguramente no pararán hasta llegar á Riesenheim. (*Dirigiéndose á los dioses*) ¿Qué está pensando Wotan, tan afligido? ¿Qué hacen los dioses? (*Invade la escena pálida neblina, cada vez más densa. Palidecen y envejecen por momentos los dioses. Todos miran con ansia á Wotan que permanece meditabundo, fija la vista en el suelo*) ¿Me engaña la neblina? ¿Soy víctima de un sueño? ¡Cuan deprimosa os marchitáis y palidecéis! ¡Se extingue el fulgor de vuestras miradas! ¡Animo, Froh, que aún es temprano! ¡Oh, Donner, tu mano se rinde al peso del mazo! ¿Qué tienes Fricka? ¿Te aflige ver á Wotan pálido y envejecido de repente?

FRICKA.—¡Ay de nosotros! ¿Qué ha sucedido?

DONNER.—Desmayan mis fuerzas.

FROH.—Mi corazón no late.

LOGE.—Ya doy en ello. Oid. Esta mañana no habéis comido de la dorada fruta de Freia que os conserva fuertes y jóvenes. Vuestra deesa está ahora en rehenes; de las ramas del árbol cuelgan marchitas las manzanas y presto se podrirán y caerán. A mi poco me importa, pues no valgo lo que vosotros y Freia se mostró siempre avara conmigo.

Vosotros, en cambio, lo sacrificásteis todo á la conservación de esa fruta que os rejuvenecía: no lo ignoraban los gigantes y han atentado á vuestra vida. ¡Conviene que viváis prevenidos! Sin las manzanas, la raza de los dioses se envejecerá y morirá achacosa, ludibrio del mundo.

FRICKA.—(*Desolada.*) Wotan, esposo mío desdichado; ¡mira cuánta desgracia trajo tu mala ventura!

WOTAN.—(*Irguiéndose como impulsado por firme resolución.*) ¡Eh, Loge, vente conmigo y llévame á Nibelheim! ¡Quiero apoderarme del Oro!

LOGE.—Las ninfas del Rhin te pidieron auxilio; ¿podrán esperarlo de tí?

WOTAN.—(*Arrebatado.*) ¡Cállate, charlatán! ¡Quiero á Freia y hemos de rescatarla!

LOGE.—Te llevaré á donde desees. ¿Quieres que pasemos el Rhin?

WOTAN.—Por el Rhin no.

LOGE.—Pues descenderemos por los abismos. Ven, yo te guiaré. (*Precediendo á Wotan desaparece por una grieta, de la cual se desprenden vapores sulfurosos.*)

WOTAN.—(*A los dioses.*) Vosotros quedaos aquí, hasta el ocaso ¡Hermosa Freia, quiero rescatarte con el Oro! (*Sigue á Loge hundiéndose trás él en la grieta. El vapor de azufre que sale de ella se esparce por la escena y la llena de espesísimas nubes hasta hacer invisibles á los demás personajes.*)

DONNER.—Buen viaje, Wotan.

FROH.—Salud, salud.

FRICKA.—Vuelve pronto; tu mujer te espera llena de angustia. (*El vapor de azufre se ennegrece cada vez más y se convierte al fin en áridas rocas que suben lentamente, produciendo la ilusión de que el escenario se hunde*

*en la tierra. De varias partes surge una luz rojiza á tiempo que se oye un ruido creciente de martilleo batiendo el yunque.—Se desvanece el ruido y queda convertida la escena en una caverna subterránea cruzada en todas direcciones por estrechos desfiladeros.)*

## TELÓN



## CUADRO TERCERO

CAVERNAS SUBTERRÁNEAS DE NIBELHEIM.—Aparece ALBERICH trayendo á MIME cogido de una oreja y exclamando éste lastimeras quejas.

ALBERICH.—¡Hehe! ¡Hehe! Ven acá, enano ruín. Voy á atormentarte sin compasión como no acabes pronto la joya preciosa que te he encargado.

MIME.—(Aullando.) ¡Ohe! ¡Ohe! ¡Ay! ¡Suéltame! ¡Ya está! Con mucho trabajo pude terminarla. (Gritando.) ¡Suelta, suelta!

ALBERICH.—(Soltándole.) Pues entonces ¿á qué entretenerte? ¿Por qué no me la traes enseguida?

MIME.—Dudaba de si aún faltaría algo.

ALBERICH.—¿Qué dices? ¿Pues no está concluida?

MIME.—(Confuso.) He... aquí...

ALBERICH.—¡Aquí! ¡Allá! ¡Tráeme la joya! (Trata de cogerle de la oreja. Mime, asustado, deja caer al suelo un tejido metálico que tenía fuertemente asido. Alberich lo recoge al instante y lo examina con detención.) Muy bien; está listo del todo y recio tal como te encargué. ¿Es decir, torpe, que intentabas engañarme y quedarte con la joya que mi destreza te enseñó á forjar? ¡Te conozco, ladrón! (Se acomoda el tejido en la cabeza

*dándole la estructura de un yelmo.*) El yelmo me va bien. Veamos ahora si ejercerá el encanto (*Bajando la voz.*) ¡Noche y tinieblas! ¡Sea yo invisible! (*Desaparece. En su lugar se distingue una columna de humo.*)  
¿Me ves, Mime?

**MIME** — (*Mirando con éxtasis á su alrededor.*)  
¿Dónde estás? No te veo, hermano.

**ALBERICH**.— (*Invisible*) Pues óveme y atiende el látigo, miserable holgazán. (*Mime grita y se retuerce bajo el dolor de los azotes que recibe. Suenan los golpes pero no se vé el látigo.*) Toma eso por tus ganas de robar.

**MIME**.— ¡Ohe! ¡Ohe! ¡Ay! ¡Ay!

**ALBERICH**.— (*Invisible y riendo*) Gracias, estúpido. Veo que tu trabajo es bueno. ¡Hoho! ¡Hoho! Venid aquí, nibelungos. Alberich es vuestro amo. Alberich os vigilará siempre y por todas partes. Despedíos de la tranquilidad y el reposo; aunque no le veáis, estaréis continuamente bajo su dominio. ¡Hoho! ¡Hoho! ¡Escuchadle, escuchadle al señor de los nibelungos! (*La columna de humo va desapareciendo hacia el fondo. Se oyen los gritos de Alberich cada vez más lejanos: á sus furores, responden del fondo de los abismos, aullidos y quejas lastimeras, que pronto se extinguen en las lejanías. Mime cae rendido por el dolor.*)

WOTAN y LOGE bajan por una hendidura.

**LOGE**.— Mira, al fin llegamos. Entre las tinieblas ¡cuántas chispas centellean!

**MIME**.— ¡Ay, ay, ay!

**WOTAN**.— Oigo tristes gemidos. ¿Quién yace aquí entre las piedras?

**LOGE**.— (*Bajándose á Mime.*) ¿Por qué te estás lamentando?

MIME.—¡Ohe! ¡Ohe! ¡Ay! ¡Ay!

LOGE.—¡Hei! ¡Mime! Diestro enano, ¿qué te duele? ¿qué te aflige?

MIME.—¡Déjame en paz!

LOGE.—No solo paz, sino consuelos te prodigaré. (*Le ayuda á levantarse.*)

MIME.—(*Acongojado.*) ¿Consuelos á mí? Tengo que obedecer á un hermano cruel que me ha encadenado.

LOGE.—¿A qué debe el poder de encadenarte?

MIME.—Con maligna astucia conquistó Alberich el Oro del Rhin, y con él forjó un anillo cuyo mágico influjo admiramos temblando todos: con él domina el ejército nocturno de los nibelungos. Antes forjábamos sin cuidado, descansados y riéndonos de tan insignificante fatiga, adornos y joyas para nuestras mujeres. Ahora este perverso nos obliga á deslizarnos por entre las peñas y guiado por su potente anillo y su codicia, acierta el sitio en donde se halla escondido el Oro brillante. Tenemos que trabajar entre rocas, hurgar en lo más profundo, extraer el Oro, fundirlo, y forjar con él las joyas y acumular tesoros para ese señor.

LOGE.—¿De modo que te ha castigado por holgazán?

MIME.—Yo, infeliz de mí, soy el más atropellado. Primero me mandó forjar un yelmo dándome los más exactos detalles para su estructura: yo enseguida descubrí las mágicas propiedades de mi trabajo y quise quedarme con él para librarme de la tiranía del Alb y robarle el anillo. Así, vencido por mi astucia, caería bajo mi dominio, y este esclavo que tanto maltrata, se trocaría en verdugo suyo.

LOGE.— ¿Cómo, pues, sigues dependiendo de él?

MIME.—¡Ah! Porque yo que hice el yelmo no conocí bien su mágico encanto. Quien me enseñó á forjarlo y me lo arrancó de las manos, me ha mostrado—harto tarde por desgracia—el secreto que encerraba. Luego desapareció á mis ojos y me azotó su brazo invisible. (*Sollozando.*) ¡Así fué premiado mi celo! (*Se rasca la espalda. Los dioses se rien.*)

LOGE.—(*A Wotan.*) Ya ves que no será fácil cogerle.

WOTAN.—Tu astucia todo lo puede

MIME.—(*Mirando atentamente á los dioses, sorprendido de su risa.*) ¿Quién sois vosotros que me hacéis tales preguntas?

LOGE.—Amigos tuyos: queremos salvar de su desgracia al pueblo de los nibelungos. (*Suenan otra vez los gritos de Alberich.*)

MIME.—(*Asustado.*) Mucho cuidado que Alberich se acerca. (*Corre azorado de un lado para otro.*)

WOTAN.—Aquí le esperamos. (*Se sienta tranquilamente sobre una piedra Loge recostado á su lado.*)

ALBERICH, que se ha quitado el yelmo y lo trae colgando del cinturón, hace salir en tropel y á fuerza de azotes de los abismos á los nibelungos. Estos vienen cargados de multitud de alhajas de oro y plata, que obedeciendo las imperiosas órdenes de Alberich, depositan formando montón.

ALBERICH.—Ea, daos prisa, holgazanes. ¡Hehe! ¡Hoho! ¡Amontonadlo todo aquí! ¡Eh, tú, no avances más! ¡Vengan las joyas, esclavos! ¡A ver si tendré que ayudaros! ¡Aquí lo quiero todo! (*De pronto repara en Wotan y Loge.*) ¡Eh! ¿Quién va allá? ¿Quiénes son esos? Tú, Mime, te quiero conmigo. ¡Tu-nante! ¡Ruín! ¿osas charlar con ese par de

vagabundos? Vete holgazán. Pronto, vete á tu trabajo. (*A latigazos le empuja hacia los demás nibelungos.*) ¡Ea! ¡A trabajar! ¡Fuera todos de aquí! Sacadme el oro de las nuevas grutas. Si no os dáis prisa os azotaré. Mime, tu te encargas de que todos trabajen sin cesar, sino probarás las caricias de mi látigo: ya sabes que estov en todas partes aunque nadie me vea. ¿Qué haceis ahí? ¿Dudais todavía? (*Se quita el anillo del dedo lo besa y tiende su brazo en actitud amenazadora.*) ¡Tiembla y desespera, rebaño de esclavos! ¡Humíllate al poder de mi anillo! (*Gritando y aullando desaparecen los nibelungos y Mime entre ellos.*)

ALBERICH.—(*Contemplando receloso á Wotan y Loge.*) ¿Qué buscáis aquí?

WOTAN.—Han llegado á nosotros extrañas noticias del oscuro Nibelheim: nos dijeron que Alberich obraba grandes prodigios y el afán de admirarlos nos trajo hasta aquí.

ALBERICH.—¡La envidia os trae á Nibelheim! ¡Os conozco bien, forasteros!

LOGE.—¿Conque me has conocido? ¡Necio! Pues bueno, ¿no sabes con quién hablas que ladras de esta suerte? Cuando estás tendido en tu madriguera temblando de frío y Loge se ausenta, ¿quién te da luz y fuego confortable? ¿De qué te sirve la fragua si yo la deajo sin fuego? Soy tu pariente y fui tu amigo ¿porqué, pues, te muestras tan grosero conmigo?

ALBERICH.—¿Conque Loge está al servicio de los Albs, hijos de la luz? ¡Pícaro! ¡Astuto! ¡Falso! Si eres su amigo como lo fuiste mío—ja, ja... muy bien—ya nada temo de vosotros.

LOGE.—Creo que puedes fiarte de mi.

ALBERICH.—De tu infidelidad me fio, no de ti.

(*Con arrogancia.*) Pero no os temo: á todos os afrontaré.

LOGE.—Muy atrevido te hace tu anillo: grande es tu poder.

ALBERICH.—¿Ves el tesoro que amontonó mi ejército?

LOGE.—Nunca vi cosa comparable.

ALBERICH.—Hoy no es más que un montoncito insignificante, pero llegará á ser enorme.

WOTAN.—¿De qué te sirven tales tesoros en este sombrío Nibelheim?

ALBERICH.—Las eternas tinieblas de Nibelheim recatan mis joyas. Con el montón de oro que hay en aquella cueva, me propongo hacer grandes prodigios y conquistar el mundo entero.

WOTAN.—¿Como piensas gobernarte para conseguirlo?

ALBERICH.—Vosotros, los que habitáis allá arriba, donde sopla la brisa suave, entregados al amor y la alegría, á todos vosotros, dioses, os humillaré con el Oro en el puño. Puesto que renuncié al amor, tampoco existirá éste para vosotros: el Oro hade ser vuestro único deseo. En las deleitosas regiones celestes os divertís y despreciáis á los oscuros Albs, dioses lascivos. Pero, vigilad, porque los hombres seréis mis esclavos y vuestras mujeres, que despreciaron mis galanterías, servirán al placer del enano, ya que no le sonríe el amor. (*Con sarcasmo*) Ja, ja, ja, ja. ¿Me habéis entendido? ¡Cuidado, cuidado con el ejército nocturno, cuando salga de las profundidades de Nibelheim á la claridad del día!

WOTAN.—(*Levantándose enfurecido*) ¡Morirás á mis manos, malvado!

ALBERICH.—¿Qué dices tú?

LOGE.—(*Interponiéndose*) ¡Detente! (*A Alberich*)

¿A quien no admira la obra de Alberich? Si llegas á alcanzar lo que te propones con ese montón de alhajas, no puedo menos que proclamarte el mas poderoso de todos: la luna, las estrellas, y el mismo sol, tendrán que someterse á tí y obedecer tus mandatos. Pero ante todo, convendría atraerte la voluntad de los nibelungos. Te basta con besar un anillo para que todos se humillen á tí. Pero, ¿si mientras duermes fuese un ladrón á robarte el anillo, cómo lo evitarías?

ALBERICH.—Siempre se figura Loge ser un sabio y tiene á los demás por tontos. ¡Al ladrón le gustaría que necesitase de sus consejos y servicios, quedándole luego obligado! Yo mismo inventé un yelmo maravilloso: Mime, el más hábil de los herreros, lo construyó. Este yelmo me ayuda á transformarme: cambió de forma y me hago invisible, pero estoy en todas partes. Así, pues, estoy sin cuidado y seguro de tí, amigo bondadoso.

LOGE.—Muchas rarezas he visto, pero nunca semejante cosa. No puedo creer en tamaña maravilla, pues si esto fuera posible, tu poder sería infinito.

ALBERICH.—¿Me crees tan embustero como tú, Loge?

LOGE.—Hasta que lo haya visto, no creo en tus palabras.

ALBERICH.—¡La sabiduría hincha al necio, y la envidia le hará estallar! Veamos, pues: ¿bajo qué forma quieres que me presente á tí?

LOGE.—Bajo la que quieras, ¡pero déjame mucho de admiración!

ALBERICH.—(Calándose el yelmo) ¡Serpiente gigantesca, enróscate sobre tí misma! (De-

*saparece en el acto. En su lugar, una serpiente gigantesca se remueve por el suelo, ora irguiéndose, ora dirigiendo su enorme boca abierta hacia Wotan y Loge.*

LOGE.—(Fingiendo asustarse) ¡Ohe! ¡Ohe! Serpiente espantosa; ¿quieres devorarme? ¡Deja á Loge su vida!

WOTAN.—(Riendo) Ha, ha, ha. Bien, Alberich, buena astucia es esta. Pronto el enano se ha convertido en gigantesco reptil. (*La serpiente desaparece y en su lugar aparece Alberich.*)

ALBERICH.—¡He! ¡He! ¿Me creéis ahora, sabios?

LOGE.—(Con voz temblorosa) Ya ves, estoy temblando de miedo. Te convertiste en serpiente, lo ví y por eso lo creo. Pero, ¿así como creces, puedes hacerte pequeño é insignificante? Este sería el mejor modo de escapar pronto de un peligro. Pero... es cosa difícil.

ALBERICH.—Difícil para tí porque eres un tonto. ¿A qué tamaño me quieres?

LOGE.—Tan diminuto que quepas en la más estrecha rendija en donde se esconde el sapo medroso.

ALBERICH.—¡Psh! nada más fácil. Mira. (*Vuelve á calarse el yelmo*) «¡Arrástrate y salta, sapo!» (*Desaparece. Los dioses ven acercarse á ellos un sapo.*)

LOGE.—(A Wotan) ¿Ves aquel sapo? ¡Cógelo pronto! (*Wotan pone el pié sobre el sapo. Loge le coge la cabeza y le quita el yelmo mágico.*)

ALBERICH.—¡Ohe! ¡Malvados! ¡Estoy cogido!

LOGE.—Sujétalo fuerte hasta que lo atamos. (*Alberich recobra repentinamente su forma natural y se retuerce debajo del pié de Wotan. Loge saca una cuerda y le atá con ella*

*brazos y piernas) ¡Arriba, pronto! ¡Ya es nuestro! (Los dioses arrastran al cautivo hacia la hendidura por donde bajaron; suben y desaparecen. La escena vuelve á transformarse pero en sentido inverso, á tiempo que se oye el ruido de fraguas subterráneas).*

T ELON



## CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro segundo.  
La escena está todavía cubierta de pálida  
neblina. WOTAN y LOGE trayendo á  
ALBERICH atado salen de la grieta.

LOGE.—Descansa aquí, compañero. Mira amigo, allí está el mundo que tú, holgazán, querías dominar. Veamos, ¿qué rincón piensas concederme para poder vivir sosegado? (*Danza alrededor de Alberich chasqueando los dedos.*)

ALBERICH.—¡Miserable! ¡Ladrón! ¡Vill! ¡Desátame, suelta las cuerdas, sino te arrepentirás de tu atrevimiento!

WOTAN.—Eres prisionero. ¡Tú que creías someter para siempre el mundo entero! Estás encadenado á mis piés y lleno de miedo, no puedes negarlo. Si quieres salvarte paga rescate.

ALBERICH.—¡Torpe de mí! ¿Por qué dí crédito á estos ladrones? Me vengaré y mi venganza será atroz.

LOGE.—Lo primero que tienes que hacer para poderte vengar es desligarte. A hombre cautivo nadie se humilla: conque si piensas vengarte, piensa antes en tu libertad. (*Le indica el modo de librarse dando chasquidos con los dedos.*)

ALBERICH.—(*Bruscamente.*) Veamos, ¿qué queréis?

WOTAN.—Tus tesoros.

ALBERICH.—¡Ladrones codiciosos! (*Aparte.*) Con tal me guarde el anillo, puedo darles todo el oro; con mi mágica joya vuelvo adquirirlo. Esto será para mí una lección que ha de enseñarme á ser otra vez más cauto: dándoles aquel montoncillo no me resulta caro el rescate.

WOTAN.—¿No entregas el oro?

ALBERICH.—Aflojad las cuerdas y mandaré que lo traigan. (*Loge le desata la mano derecha. Alberich se lleva el anillo á los labios y murmura el mandato.*) Muy bien: me han oído los nibelungos, y obedientes á su señor, ya suben los tesoros del abismo á la luz del día. Ahora, deshacedme estos malditos nudos.

WOTAN.—Después, cuando hayas pagado. (*Los nibelungos salen de la grieta cargados con los tesoros y los amontonan.*)

ALBERICH.—¡Que ignominiosa vergüenza! ¡Atado, y ante mis esclavos temerosos! Conducidlo todo allí, como yo os mando. Amontonad las alhajas. ¿Tendré que ayudaros? Doblád la cabeza. ¡Pronto, holgazanes! ¡Aprisa! ¡Aprisa! Idos, y ¡ay de vosotros si os encuentro parados! Os voy á seguir luego paso á paso. (*Besa el anillo y lo levanta con gesto imperativo. Los nibelungos se precipitan aterrorizados por la grieta.*) Soldadme: pagado queda mi rescate; y devolvedme aquel yelmo que tiene Loge en la mano,

LOGE.—(*Arrojando el yelmo en el monton.*) Al vencedor corresponde el botin.

ALBERICH.—¡Oh vil ladrón! Luego veremos: el que hizo ese yelmo puede forjar otro. Aunque conservo el poder de dominar á Mime. Malo es, en verdad, dejar en manos de esos

malvados defensa tan poderosa. Pero en fin, os lo doy todo: soltadme de una vez.

LOGE.—(A Wotan.) ¿Estás satisfecho? ¿Le suelto?

WOTAN.—Alb, en tu dedo reluce un anillo: quiero añadirlo á tu rescate.

ALBERICH.—(Sobrecogido.) ¿El anillo?

WOTAN.—Tienes que entregarlo por tu rescate.

ALBERICH.—(Tembloroso.) ¡Quitadme si queréis la vida, pero no esta joya!

WOTAN.—(Imperioso.) ¡Exijo el anillo! De tu vida dispón á tu antojo.

ALBERICH.—Si rescato mi cuerpo y mi vida, con ellos tiene que ir el anillo. Esta joya está adherida á mi ser lo mismo que la sangre y la cabeza.

WOTAN.—¿Al anillo llamas tu propiedad? ¿Deliras por ventura? Dí la verdad, ¿á quien robaste el oro con el cual has forjado tu joya? ¿Era acaso tuyo lo que arrancaste de las profundidades de las aguas? Pregúntalas á las hijas del Rhin si te regalaron el oro que para forjar el anillo les robaste.

ALBERICH.—¡Impostor! ¡Pérfido! ¡Me echas en cara, ladrón, lo que tan á gusto hubiese hecho tu sórdida codicia! ¡Qué satisfacción la tuya si hubieses podido robar el Oro del Rhin, y fuese cosa fácil forjar el anillo! ¡Qué suerte has tenido, hipócrita, de que yo, el nibelungo, accediendo á ignominiosas condiciones, descubriese para provecho tuyo, el mágico poder del anillo! ¡Con el corazón oprimido y loco de angustia habré llevado á cabo una acción sin nombre, para que tú, ambicioso, te complazcas en ella! ¡Guay de tí, dios soberbio! Si yo cometo un crimen no falto más que á mi mismo: pero si tú robas el anillo, tú por

ser eterno faltas á todo lo que existió, existe y existirá.

WOTAN.—¡Dame el anillo! Por más que hables no me probarás que tengas ningún derecho sobre él. (*Se arroja con fúria sobre Alberich y le arranca el anillo.*)

ALBERICH.—(*Profiriendo un grito terrible.*) ¡Maldición! ¡Todo se ha perdido! ¡Seré el más vil de los esc!avos!

WOTAN.—(*Contemplando el anillo con satisfacción.*) Al fin tengo lo que da poder, lo que me hará el hombre más poderoso del mundo. (*Se ajusta el anillo en el dedo.*)

LOGE.—(*A Wotan.*) ¿Le soltamos?

WOTAN.—Suéltale.

LOGE.—(*Desatando á Alberich.*) Libre estás ya; vete.

ALBERICH.—(*Incorporándose.*) ¿Conque estoy libre? (*Riendo con sarcasmo.*) ¿Libre de veras? Oid, pues, el primer saludo á mi libertad: así como por maldición obtuve el anillo, ¡maldito sea ahora! A mi me dió su oro riquezas y poder sin límites; pues ahora mate su hechizo á quien lo lleve. Nunca acompañe la alegría al poseedor; á nadie sonría su brillo; véase rodeado su dueño de pena é inquietud y atormente la envidia á quien no lo sea. Que su dueño sea fatal, y atraiga á si el verdugo. Sea el miedo á la muerte el constante tormento del esclavo del anillo, y la vida, eterna agonía, hasta que vuelva pasar lo robado á mis manos. Así bendice en su lamentación suprema á su tesoro el nibelungo. Quédate con él, (*ríe*) y guárdale bien, (*furioso*) que de mi maldición no escaparás. (*Desaparece por el abismo. La neblina se disipa lentamente.*)

LOGE.—¿Has oído su amoroso saludo?

WOTAN.—(*Extasiado contemplando su anillo*)  
Deja que vomite su rencor. (*La escena es cada vez más clara.*)

LOGE.—(*Mirando hacia la derecha.*) Fasolt y Fafner se acercan trayendo á Freia. (*Por el otro lado llegan Donner, Froh y Fricka.*)

FROH.—¡Volvistes por fin!

DONNER.—Bien venido, hermano.

FRICKA.—(*A Wotan con ansiedad*) ¿Traes buenas nuevas?

LOGE.—(*Mostrando el montón*) Con fuerza y astucia logramos nuestro intento: allí hay con qué pagar el rescate de Freia.

DONNER.—Por allí viene la hermosa con los valientes gigantes.

FROH.—¡Vuelve á embalsamar el aire fresca brisa! ¡Qué tristes estaríamos sin Freia! Su presencia nos comunica alegría y juventud inmarcesible!

Entran FASOLT y FAFNER cogiendo en medio á FREIA. FRICKA corre al encuentro de su hermana. El proscenio ha quedado completamente despojado de niebla. Los dioses recobran su perdida juventud. Soamente el castillo y los horizontes permanecen cubiertos de nieve.

FRICKA.—¡Hermana querida, mi dulce alegría! ¿volverás á ser nuestra?

FASOLT.—(*Apartándola*) ¡Alto! No tocarla: aún nos pertenece. Venimos de los montes de Riesenheim. Hemos guardado la prenda que ha de asegurarnos la fidelidad del contrato, y la devolvemos si nos pagáis lo que hemos exigido.

WOTAN.— Pronto está el rescate. De aquel montón medid á vuestro antojo.

FASOLT.—El no ver más á esta hermosa mujer me causa un gran pesar; pero puesto que así ha de ser, echad oro hasta que el mon-

tón oculte á Freia, pues tan solo así podré olvidarla.

WOTAN.—Pues así poned la medida según el tamaño de Freia. (*Los dos gigantes hincan la clava en tierra cogiendo á Freia en medio y marcando así su altura y su anchura.*)

FAFNER.—Plantadas quedan las estacas según la medida de la prenda: amontonad entre ellas el oro.

WOTAN.—Amontonadlo pronto. El verlo me repugna.

LOGE.—Ayúdame, Froh.

FROH.—Freia, voy á que termine esta afrenta. (*Loge y Froh amontonan precipitadamente las joyas entre las estacas.*)

FAFNER.—No lo pongáis tan suelto: llenad y apretad bien la medida. (*Con fuerza brutal aprieta el contenido para que el montón sea compacto. Despuésse baja á examinar si queda algún claro*) Aquí: aún veo al través; llenadme este vacío.

LOGE.—Atrás, grosero; no toques nada.

FAFNER.—Aquí, digo.

WOTAN.—(*Apartándose descorazonado*) Siento en el pecho arder esta afrenta.

FRICKA.—(*Fijando la vista en Freia*) Mira cuán triste y avergonzada implora el rescate, la pobre. ¿Qué hiciste, hombre malvado?

FAFNER.—Échemos más aquí.

DONNER.—¡Rayos! Ya no puedo contener el furor que me causa ese charlatán. Ven acá, perro maldito; ya que quieres medir, ven y mídete conmigo.

FAFNER.—Calma, Donner: guarda tu cólera para mejor ocasión. Ahora no sirve.

DONNER.—(*Con ademán de acometer á Fafner*) ¿Ni para aplastar vuestras testas?

WOTAN.—Haya paz. Ya el Oro oculta á Freia.

LOGE.—Agotado está el tesoro.

FAFNER.—(*Midiendo con la mirada*) Aún diviso el cabello de la hermosa. ¡Arrojad al montón ese yelmo!

LOGE.—¡Cómo! ¿También el yelmo?

FAFNER.—Pronto, traedlo.

WOTAN.—Dáselo.

LOGE.—(*Arrojando el yelmo al montón*) Nuestra faena ha terminado. (*A Fafner*) ¿Quiéres aún más?

FASOLT.—Yo no te veo, Freia, ¡oh hermosa! ¿Estás rescatada? ¿Tendré que abandonarte para siempre? (*Se acerca y mira al través del montón*) ¡Oh, dolor! Aún brilla su resplandiente mirada: sus ojos semejan radiantes estrellas. La veo á través de una rendija. (*Fuera de sí*) ¡Mientras me deslumbren sus ojos, no me separo de esta mujer!

FAFNER.—¡Eh! ¡Tapad esta abertura!

LOGE.—¿No veis, insaciables, que ya os hemos dado todo el Oro?

FAFNER.—¡Falso! En el dedo de Wotan brilla un anillo: dádmelo; con él llenaré aquel hueco.

WOTAN.—¡Qué! ¿Mi anillo?

LOGE.—Recordad que aquella joya no es suya: pertenece á las hijas del Rhin, y Wotan piensa restituírsela.

WOTAN.—¿Qué estás charlando? Lo que me gané con tanto trabajo lo guardo para mí.

LOGE.—En mal hora prometí á las hijas del Rhin que se les devolvería el oro robado.

WOTAN.—A mi no me obliga lo que tú prometiste. Me quedo con el anillo para siempre.

FAFNER.—Tendrás que entregarlo como rescate.

WOTAN.—Pedid lo que queráis; todo os lo da-

ré. Pero por nada del mundo os cedo el anillo.

FASOLT.—(*Sacando enfurecido á Freia de detrás del montón*) Pues, nada de lo dicho; quedamos como antes y Freia será para siempre nuestra.

FREIA.—¡Guay! ¡Socorro! ¡Ayuda!

FRICKA.—¡Dios implacable, cruel!

FREIA.—¡Guay!

FRICKA.—¡Dales lo que te piden!

FROH.—No ahorres el oro, dáselo.

FAFNER.—¡Entrégales el anillo! (*Fafner detiene á Fasolt, que trataba de arrastrar consigo á Freia. Todos permanecen aturridos.*)

WOTAN.—¡Basta! ¡Dejadme en paz! ¡No suelto el anillo! (*Se retira furioso, á un lado. La escena vuelve á oscurecerse.*)

De una gruta lateral brota un resplandor azul y por entre él se destaca la figura de ERDA que sale hasta medio cuerpo de la profundidad. Es de hermosa y noble figura y su abundosa cabellera negra le rodea el cuerpo.

ERDA.—(*Extendiendo la mano hacia Wotan con ademán profético*) ¡Accede, Wotan, accede! Presérvate de la maldición que encierra el anillo. Si lo conservas te será imposible librarte de las desgracias que acarrea.

WOTAN.—¿Quién eres tu, que tal aviso me das?

ERDA.—Sé todo lo del mundo infinito: lo que ha sido, lo que es y lo que será. Urwala Erda te anuncia un gran peligro. Mis entrañas dieron á luz tres hijas: pronto sabrás por ellas mis presagios. Oyeme, dios, o. eme. Todo le que vive muere, cuanto es tiene su fin. Se acerca para los dioses triste ocaso ¡Cede el anillo, yo te lo aconsejo!

*(Se hunde lentamente hasta el pecho, y el resplandor azul empieza á desvanecerse),*

WOTAN.—¡Detente! Tu voz me hace presentir el misterio. Habla. Dime algo más.

ERDA.—*(Hundiéndose)* Te advertí del peligro y del modo de evitarlo: esto te basta. Ahora medita, vigila y teme. *(Desaparece. Wotan trata de penetrar en la gruta para retenerla, pero Fricka y Froh se lo impiden.)*

WOTAN.—Si he de vivir en continua zozobra, voy á retenerte para saberlo todo.

FRICKA.—¿Qué intentas, desdichado?

FROH.—¡Detente, Wotan! Respétala y atiende á sus mandatos. *(Wotan queda ensimismado.)*

DONNER.—*(Volviéndose resueltamente hacia los gigantes)* ¡Eh! gigantes, aguardad. Este oro es para vosotros.

FREIA.—¿Puedo esperarlos? ¿Juzgáis á vuestra Holda digna del rescate? *(Todos miran ansiosos a Wotan, quien, volviendo en sí de profunda meditación, avanza resuelto, blandiendo su lanza.)*

WOTAN.—*(Enérgico)* ¡A mí, Freia! ¡Estás rescatada! Devuélvenos nuestra perdida juventud. Tomad, gigantes, ahí tenéis vuestro anillo. *(Arroja el anillo al montón. Los gigantes sueltan á Freia: esta corre gozosa hacia los dioses, quienes la colman de caricias. Fafner extiende un enorme saco y empieza á recoger el montón.)*

FASOLT.—*(Encarándose con su hermano)* Detente: quiero mi parte y la quiero igual á la tuya.

FAFNER.—Más que el oro te gustó Freia: bastante trabajo me costó el hacerte mudar de opinión. Tú te hubieras quedado á Freia para tí solo; por lo tanto, si hemos

de repartirnos el tesoro, á mí me corresponde la parte mayor.

FASOLT.—¡Malvado! ¡Ladrón! ¿A mí tal injuria? *(A los dioses)* Dioses, á vosotros apelo: juzgadnos y repartidnos el tesoro. *(Wotan les vuelve la espalda en señal de desprecio.)*

LOGE.—*(Aconsejando a Fasolt)* Déjale con todo el montón y guarda para tí el anillo.

FASOLT.—*(Arrojándose sobre Fafner á tiempo que éste llena el saco)* ¡Atrás, malvado! El anillo es mio: él me recordará las miradas de Freia. *(Echa mano al anillo y lucha con Fafner para quitárselo.)*

FAFNER.—¡Quita allá! El anillo es para mí. *(Fasolt se apodera del anillo.)*

FASOLT.—Ya le tengo: mio es.

FAFNER.—*(Blandiendo su estaca.)* ¡Guárdalo bien, no lo sueltes! *(Le asesta un golpe terrible con su estaca y cae agonizando. Después le quita el anillo con avidéz y Fasolt expira.)* Ahora acecha las miradas de Freia, porque el anillo ya no lo ves más. *(Mete el anillo en el saco y continua tranquilamente empaquetando el tesoro. Todos los dioses se quedan asombrados. Momentos de silencio solemne.)*

WOTAN.—*(Acobardado.)* ¡Cuán terrible se me representa ahora la fuerza de la maldición! *(Fafner que ha terminado su faena carga el saco áuestas y vase por el fondo.)*

LOGE.—¿Hay algo, Wotan, comparable á tu suerte? Mucho tendrías guardando el anillo, pero cediéndolo ganas mucho más. Mira, tus enemigos se destruyen con el oro que les diste.

WOTAN.—*(Profundamente conmovido.)* La angustia se apodera de mí: miedo y ansia fatal me roban los sentidos. Erda me ense-

ñará á evitar las desgracias: hacia ella, pues, he de bajar.

FRICKA.—(*Acercándose á Wotan y acariciándole.*) ¿Por qué piensas en alejarte, Wotan? ¿No te atrae aquel hermoso castillo que te brinda sosiego y hospedaje espléndido?

WOTAN.—(*Hosco.*) A un precio fatal pagué el edificio.

DONNER.—(*Señalando hacia el fondo cubierto aun de espesa neblina.*) Esos vapores suspensos en el aire me ahogan. Reuniré las nubes y con ella desataré una formidable tempestad para que luego luzca claro y en calma el cielo. (*Se encarama á una roca que domina el valle y empieza á blandir el mazo.*) ¡Heda! ¡Heda! ¡Hedo! ¡Vapores y nubes, á mí! ¡El dios Donner os lo manda! (*Sigue blandiendo el mazo en tanto las nubes se acumulan en torno suyo.*) ¡Obedeced á los signos del mazo! ¡Foscas nubes, negros vapores, aquí! ¡Obedeced los mandatos del dios Donner! ¡Heda! ¡Heda! ¡Hedo! (*Las nubes acumuladas le hacen invisible, y luego ocurre lo propio con Froh. Suena un golpe seco producido por el mazo de Donner al chocar contra la roca, brota un rayo, y acto seguido retumba un trueno formidable.*) Hermano, vente conmigo, y muestra al arco su ruta. (*Las nubes escampan: Donner y Froh reaparecen. Delante de ellos se extiende, sobre el valle, y hasta el castillo, un arco iris. La escena aparece iluminada por el crepúsculo vespertino.*)

FROH.—(*Señalando el arco iris á los dioses y dando entender que es el único puente para atravesar el valle.*) Al castillo conduce este arco ligero pero firme. Pasad por él sin temor. (*Wotan y los otros dioses han quedado*

*asombrados ante el magnífico espectáculo que se ofrece á su vista.)*

WOTAN.—¡Qué hermoso reluce el alcazar bajo los rojos rayos del sol poniente! A la luz matutina se erguía altivo, brillaba tentador y sin dueño...! ¡Cara nos sale su conquista: desde el alba al ocaso ¡por cuántas angustias y trabajos hemos pasado! La noche se acerca: él nos protegerá de sus odios. *(Le sobrecoje una idea y dice resuelto:)* Libre de temores y de zozobras, yo te saludo, alcazar mío. *(A Fricka.)* Sígueme, esposa; vamos á vivir en nuestro Walhalla.

FRICKA.—¿Qué significa esa palabra? En mi vida la oí pronunciar.

WOTAN.—Cuando tus ojos vean lo que inventó mi valor para vencer el miedo, y triunfen mis atrevidos pensamientos la comprenderás. *(Coge de la mano á Fricka y ambos se encaminan hacia el puente luminoso. Froh, Freia y Donner van en pos.)*

LOGE.—*(Depie, considerando á los dioses.)* ¡Cómo corren hacia su fin los que tan fuertes se creían! ¡Casi me avergüenzo de rozarme con ellos! De buena gana me convertiría en la ardiente llama que fui para destruirlos en vez de perderme entre ellos. Y aunque fuesen los dioses más divinos... ¡Oh, que ideal! Lo pensaré y... ya veremos *(Sigue indiferente el camino de los dioses. Del fondo del valle suben los lamentos de las ninfas del Rhin.)*

LAS TRES NINFAS.—¡Oro del Rhin! ¡Oro purísimo! Por tí gemimos, por tí, que con tanto cariño y con tan suave brillo nos iluminabas! ¡Por tí, oro puro, son nuestras quejas! ¡Devolvednos el oro!

WOTAN.—*(Al ir á poner pie en el puente se de-*

*tiene y vuelve el rostro.*) ¿Qué lamentos son esos?

LOGE.—Son las hijas del Rhin que lloran el oro robado.

WOTAN.—¡Oh, voces nefastas! (*A Loge.*) ¡Hazlas callar!

LOGE.—(*Gritando hacia el valle.*) Vosotras, hijas del agua, escuchad lo que os dice Wotan: ya que no os ilumina el brillo del oro, regocijaos con el nuevo esplendor de los dioses. (*Los dioses rien y pasan el puente.*)

LAS NINFAS DEL RHIN —(*Desde el fondo.*) ¡Oro del Rhin, oro puro! ¡Oh, si aun brillases con tu esplendor en el fondo de las aguas! ¡Solo en el fondo de las aguas está la verdad, arriba todo es cobardía y fingimiento! (*Los dioses han atravesado el puente, cada vez más brillante y luminoso.*)

TELÓN

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

PRIMERA PARTE



LA WALKYRIA

## PERSONAJES

SIEGMUND.

HUNDING.

WOTAN.

SIEGLINDA.

FRICKA.

BRUNNHILDA.

GERHILDA.

ORTLINDA.

WALTRAUTA.

SCHWERTLEITA.

HELMWIGA.

SIEGRUNA.

GRIMGERDA.

ROSSWEISA.

} WALKIRIAS

## ESCENA

Acto 1.º *Interior de la cabaña de Hunding.*

Acto 2.º *Aspera región de montañas peñas-  
cosas*

Acto 3.º *En la cima de un monte peñascoso.*



## ACTO PRIMERO

INTERIOR DE LA CABAÑA DE HUNDING.—En el centro, el tronco de un fresno colosal, cuyas prolongadas raíces se pierden en el suelo. El techo de la habitación es de madera y separa las ramas del tronco. Algunas de las ramas, agujereando el techo, se esparcen por fuera cubriendo la cabaña de flotante ramaje. Las paredes son de madera sin pulimento alguno y revestidas de esteras. En el proscenio, á la derecha, se halla el hogar cuya chimenea atraviesa el techo. Detrás del hogar hay un cuarto parecido á una despensa, al cual se sube mediante escalones de madera: una estera sirve de puerta. En el fondo una puerta de entrada con un sencillo cerrojo de madera. A la izquierda, otra que conduce á un cuarto interior al que se sube también por unos cuantos escalones. En el mismo sitio, pero más hacia el proscenio, una mesa con un banco adherido á la pared y á la parte opuesta algunos taburetes.—Al levantarse el telón, suenan los ruidos de una tempestad que se aleja. Cierra la noche. Momentos de soledad.

### ESCENA PRIMERA

Aparece SIEGMUND abriendo precipitadamente la puerta de entrada; se detiene, y sin soltar el cerrojo mira en torno suyo: parece estar rendido de cansancio, y su indumentaria y su aspecto revelan que viene huyendo. No viendo á nadie, cierra tras sí la puerta y á duras penas llega hasta el hogar cayendo extenuado sobre una piel de oso.

SIEGMUND.—Sea de quien fuere este hogar, aquí descansaré. *(Se tumba en el suelo y permanece algunos instantes inmóvil.)*

SIEGLINDA entra por la puerta de su cuarto, creyendo al oír el ruido, que ha vuelto su esposo; mas, al ver tendido á un extraño, manifiesta su sorpresa.

SIEGLINDA.—(*Parada en el fondo.*) ¡Un hombre! Voy á interrogarle. (*Avanza tranquilamente algunos pasos.*) ¿Quién entró en mi hogar y se tendió junto al fuego? (*Como Siegmund no se mueve, se adelanta unos pasos más y le observa.*) Parece cansado de un largo camino. ¿Se habrá desmayado? ¿Estará enfermo? (*Se inclina hacia él.*) Todavía respira: solo cerró los ojos. Animoso parece, aunque rendido de fatiga.

SIEGMUND.—(*Levantando de repente la cabeza.*) ¡Agua! ¡Tengo sed!

SIEGLINDA.—¡Yo te daré alivio. (*Coge un cuerno, sale de la cabaña y vuelve luego ofreciendo de beber á Siegmund.*) Toma: ahí tienes agua con que apagar tu sed. (*Siegmund bebe y la devuelve el cuerno. Después de darla las gracias con un movimiento de cabeza, fija, con creciente interés, su mirada en las facciones de Sieglinda.*)

SIEGMUND.—El agua ha proporcionado un dulce alivio á mis fatigas: animó mis fuerzas y dió á mis ojos el delicioso placer de la mirada. ¿A quién debo tan singular beneficio?

SIEGLINDA.—Este es el hogar de Hunding y yo soy su mujer. Su dueño te ofrecerá hospitalidad: quédate aquí hasta que vuelva.

SIEGMUND.—Solo, desarmado, y herido como estoy, no me temerá tu esposo.

SIEGLINDA.—(*Angustiada.*) ¡Muéstrame tus heridas!

SIEGMUND.—(*Se incorpora indiferente y se queda sentado.*)—Son leves y no merecen que hablemos de ellas: aun conservo mi vigor. Si

lanza y escudo hubiesen resistido lo que mi brazo, nunca hubiera vuelto la espalda al enemigo; pero me los destrozaron. Un tropel de adversarios quiso darme caza; yo me turbé y escapé á sus furias: pero más veloz que yo de mis perseguidores, huye de mí el cansancio. Sobre mis párpados se posó la noche, mas ahora, el sol me sonrío de nuevo.

SIEGLINDA.—(*Llena un cuerno de hidromiel y lo ofrece conmovida á Siegmund*) Acepta esta dulce bebida.

SIEGMUND.—Toma tú antes un sorbo para que me sepa mejor. (*Sieglinda bebe unas gotas y se lo devuelve. Siegmund mientras bebe contempla á Sieglinda con vehemencia. Después separa el cuerno de sus labios y lo deja caer lentamente en el suelo. Los dos se miran largo rato con ternura, hasta que Siegmund exhalando un suspiro y bajando la cabeza dice con voz temblorosa.*) ¡Conque mis infortunios te inspiraron piedad! (*Animándose.*) ¡Aléjense de tí todos los males! (*Se levanta.*) He descansado lo bastante: mi camino es largo todavía. (*Se encamina hacia el fondo.*)

SIEGLINDA.—(*Volviéndose de repente.*) ¿Por qué huyes? ¿Quién te persigue?

SIEGMUND.—(*Atraído por la voz de Sieglinda, se vuelve lentamente, melancólico*) ¡La desgracia! ¡La desgracia que me acompaña y me rodea donde quiera que vaya! ¡Aléjense de tí, mujer, todos los males! He de irme. (*Se dirige apresuradamente á la puerta y levanta el pestillo.*)

SIEGLINDA.—(*Olvidada de si misma, le llama*) Aguarda: ven. (*Marcando las palabras*) No podrás traer la desgracia á donde mora tiempo há. (*Siegmund se detiene conmovido y considera atentamente á Sieglinda, que*

*avergonzada y triste baja los ojos. Silencio prolongado. Siegmund retrocede.)*

SIEGMUND. — Yo soy Wehwalt. Te esperaré, Hunding. *(Se reclina en el hogar; contemplando con manifiesta simpatía á Sieglinda: ésta levanta los ojos, y las miradas de ambos se cruzan largo rato, expresando emoción intensa. De pronto Sieglinda se extremece, escucha, y oye á Hunding que lleva el corcel al establo: se dirige veloz á la puerta y abre.)*

## ESCENA II

HUNDING, armado de lanza y escudo, entra y se para en la puerta al reparar en Siegmund. Luego interroga á su esposa con severa mirada.

SIEGLINDA. — *(Contestando á la mirada de Hunding)* Junto al hogar, yaciendo muerto de fatiga, encontré á este hombre. La necesidad le trajo aquí.

HUNDING. — ¿Le socorriste?

SIEGLINDA. — Apagué su sed y le he prodigado los cuidados de la hospitalidad.

SIEGMUND. — *(Observando fija y tranquilamente á Hunding)* La debo amparo y bebida; ¿querrás reprenderla por eso?

HUNDING. — Sagrado es para todos mi hogar: séalo también para tí. *(Se desembaraça de las armas y entregándolas á su esposa la dice:)* Dispón la cena. *(Sieglinda cuelga las armas en el tronco del fresno y coloca sobre la mesa algunos manjares y bebidas que ha sacado de la despensa. Hunding observa detenidamente y con creciente admiración las facciones de Siegmund, las compara con las de su mujer y dice para sí:)* ¡Como se parecen! ¡El mismo brillo de la serpiente en su mirada! *(Disimula sus observaciones y se dirige á Siegmund con aparente naturalidad)*

¿Vienes de muy lejos? ¿Ibas á caballo? ¿Qué malos caminos son los que tanto te han cansado?

**SIEGMUND.**—La tempestad y mi dura suerte me acosaron á través de bosques y praderas. Desconozco el camino que crucé é ignoro á donde me llevaron mis pasos: esto quisiera saber.

**HUNDING.**—(*Sentado á la mesa y ofreciendo un sitio á Siegmund*) El hogar que ves y el techo que te alberga pertenecen á Hunding. Si desde aquí te diriges hacia poniente, encontrarás gente que lo enaltecen y cuidan de mi honra. Ahora, forastero, gustaría de saber tu nombre. (*Siegmund, que se ha sentado á la mesa, permanece pensativo y con la cabeza baja. Sieglinda sentada junto á su esposo y enfrente de Siegmund, mira á éste con vivo interés. Reparando Hunding en ello dice:*) Si temes confiarme á mí tu nombre, díselo á esta mujer. ¿No ves con qué interés te lo pregunta su mirada?

**SIEGLINDA.**—(*Con franqueza é interés*) Huésped, mucho me complacería saber quien eres.

**SIEGMUND.**—(*Levanta su mirada, la fija en Sieglinda y dice con seriedad*) No puedo llamarme Friedmund: Frohwalt me gustaría ser; pero tengo que llamarme Wehwalt. Lobo fué mi padre y gemelos mi hermana y yo. Muy pronto me quedé sin madre y sin hermana: apenas me acuerdo de ellas. Mi padre, el lobo, era fuerte y valiente y tenía muchos enemigos: con él iba yo á la caza con frecuencia. Un día, al regresar de una muy grande y esforzada, encontramos vacía la madriguera, reducido á cenizas el espléndido albergue y carbonizado el tronco de la robusta encina. Muerto estaba,

tendido en el suelo, el cuerpo de mi madre: entre las cenizas ardientes no se encontró el menor vestigio de mi hermana. El destino fatal nos entregó á la furia de los Neidings, nuestros enemigos. Entonces huímos de allí y vivimos mucho tiempo en las fragosidades de los montes. Nos persiguieron á menudo, pero el lobo y el cachorro supieron defender sus vidas con valor. (*Dirigiéndose á Hunding*) Esto te lo cuenta un descendiente de lobos, y que por tal es conocido.

HUNDING.—Tétrico y extraordinario me parece tu relato. ¡Wehwalt hijo del lobo! Recuerdo haber oído oscura leyenda de este par de lobos, aunque no conocía ni al padre ni al cachorro.

SIEGLINDA.—Prosigue. ¿Dónde está ahora tu padre?

SIEGMUND.—Los Neidings nos persiguieron con furor; muchos de ellos cayeron á nuestras manos, otros huyeron dispersados. En esto, me ví alejado de mi padre, y le perdí para siempre. Sólo encontré en el bosque un pellejo de lobo que ya no le cubría, pero á él ¡oh, no le ví más! Dejé de amar el bosque desde entonces y me sentí empujado al roce de hombres y mujeres, pero siempre me acompañó la desgracia. Si intenté atraerme un amigo, si solicité una mujer, siempre, siempre fui rechazado. Si daba buenos consejos me los despreciaban: lo que para mí era una pena, era alegría para todos. Desafiado donde quiera, perseguido de la ira, hallando mi desventura donde busqué el amor, ¿cómo no llamarme á mi mismo Wehwalt, si sólo el dolor y la desdicha son mis dominios? (*Cruza la*

*mirada con la de Sieglinda y repara en su benevolencia.)*

HUNTING.—Si tan triste ha sido tu suerte poco te amaría la Norna. Desde ahora deja de serme grata la compañía de un hombre como tú.

SIEGLINDA.—¡Solo los cobardes temen al que camina sólo y sin armas! Cuéntanos aún, como perdiste en el combate las tuyas.

SIEGMUND.—*(Animándose por grados)* Pidióme amparo una doncella, á quien sus parientes querían casar con un hombre á quien ella no amaba y partí para protegerla y librarla de aquella opresión. Rendí á mis contrarios; muertos yacían los hermanos, y la doncella abrasaba desesperada los cadáveres, bañándolos en un mar de llanto: la pena dominaba al furor. En esto, los sobrevivientes me acometieron con gran ímpetu y me acorralaron sedientos de venganza: la doncella no se movió de allí y yo la defendí con mi cuerpo hasta que me destrozaron lanza y escudo. Herido y desarmado, ví á la vírgen en al agonía, y mientras los enemigos me perseguían enfurecidos, ella cayó muerta... *(Dirigiendo á Sieglinda una dolorosa y vehemente mirada)* ¡Ahora ya sabes, mujer, por qué no puedo llamarme Friedmund. *(Se levanta y se encamina al hogar. Sieglinda mira al suelo pálida y conmovida.)*

HUNTING — *(Sombrio, levantándose)* Conozco una raza salvaje para la cual no hay nada sagrado. *(Exaltándose)* Todos, y yo particularmente, la odiamos. Fuí llamado para vengar la sangre de mis parientes: llegué tarde y volví para encontrar en mi propio hogar al fugitivo criminal. *(Encarándose con Siegmund)* Hoy te guareces en mi ca-

baña; esta noche duermo aquí dentro, (*Vio-  
lento*) pero mañana te defenderás con fuer-  
tes armas, porque es el día que elijo para  
el combate: me pagarás la deuda de los  
muertos. (*Dirigiéndose con dureza á Sie-  
glinda, quien llena de angustia se interpone  
entre los dos*) Sal; dispón mi bebida y  
aguárdame. (*Sieglinda vacila un momento.  
Después toma un cuerno de la mesa, saca de  
la despensa algunas raices, llena con ellas el  
cuerno y cruza su mirada con la de Siegmund.  
Al ver que su esposo la observa empieza a  
subir los escalones de su cuarto, parándose  
en el último para contemplar á Siegmund.  
Este corresponde con su mirada y entonces  
Sieglinda le signa en forma significativa un  
punto en el tronco del fresno. Hunding, con  
imperativo gesto la manda salir y entonces  
ella, sin apartar la vista de Siegmund, se en-  
tra en su cuarto*)

HUNDING.—(*Descolgando sus armas del arbol*)  
Con armas se defiende el hombre. (*Diri-  
giéndose á Siegmund*) Tú, lobo, mañana  
nos batiremos. Conque, ya lo sabes, guár-  
date de mí. (*Entra en su cuarto y corre el  
cerrojo.*)

### ESCENA III

SIEGMUND se queda solo. Ha cerrado la  
noche; el ténue resplandor del fuego del  
hogar alumbra la estancia. Siegmund se  
tiende cerca del fuego sumido por largo  
tiempo en honda meditación.

SIEGMUND.—Mi padre me dijo que en mi ma-  
yor peligro encontraría una espada. Casi  
desarmado en poder del enemigo ahora  
soy prenda de su venganza. He visto una  
mujer augusta y hermosa, cuyo dulce en-  
canto me atrae y que se encuentra en po-

der del hombre que me provoca á mi, indefenso. ¡Welsa! ¡Welsa! ¿Dónde está tu espada potente? Dámela para que yo pueda blandirla así que calme mi cólera. (*Los tizones del hogar consumidos ya, se convierten en rescoldo: éste despide un resplandor que se proyecta en el punto del fresno que ha indicado la mirada de Sieglinda, y en el cual ahora luce claramente el puño de una espada.*) ¿Qué es aquel resplandor? ¿Qué rayo de luz surge de ese oscuro fresno? ¡Cómo me alegra el corazón! ¿Será la mirada de aquella seductora mujer, que, al irse, dejó olvidada allí? (*El fuego del hogar se extingue lentamente.*) Triste oscuridad cubría mis ojos; el fuego de los suyos rozando mis párpados dióme calor y luz. Aquel sol ciñó mi frente con su deliosa aureola hasta que vino el ocaso. (*El fuego chisporretea.*) Mas, por despedida me volvió á alumbrar, dejando rastros de sus dorados reflejos en el tronco del viejo fresno. La luz se apaga: ya vuelve la noche á cerrar mis ojos: sólo en el fondo de mi pecho hay un rescoldo que me anima. (*El fuego se ha extinguido del todo: oscuridad completa. Se abre lentamente la puerta del aposento contiguo: sale Sieglinda vestida de blanco y se dirige á Siegmund.*)

SIEGLINDA.—¿Duermes, huésped?

SIEGMUND.—(*Agradablemente sorprendido.*)  
¿Quién se acerca?

SIEGLINDA.—(*Con angustia y recelo.*) Soy yo.  
¡Escúchame! Hunding yace en profundo sueño: yo le prepararé adormecedora bebida.  
¡Huye; la noche te salvará!

SIEGMUND.—(*Se levanta y la interrumpe con vehemencia.*) ¡Sólo tú puedes salvarme!

SIEGLINDA.—Voy á mostrarte recia espada: so-

lamente la obtendrá el más fuerte; si la ganas serás el más augusto entre los héroes. Oye bien lo que voy á contarte. Aquí se reunió toda la tribu convidada por Hunding á la boda: gente forajida y cruel me casaron con él á la fuerza. Triste estaba yo mientras los demás bebían. En esto entró un forastero; era un anciano en traje gris. Inclínasele el casco á un lado tapándole un ojo, pero el brillo del otro á todos infundió temor: sólo á mí me animó y me dió consuelo y pena á la vez. Luego se encara con todos, y blandiendo una espada la clava en el tronco del fresno hundiéndola hasta el puño. «El acero es de quien la arranque del fresno» dijo. Pero todos los presentes agotaron sus fuerzas inútilmente. Entraron nuevos convidados y los más fuertes tiraron de él, pero el acero no cedió: allí está clavado todavía. Entonces supe quien fué el que me saludó en medio de mi dolor, y luego supe á quien destinaba la recia espada. ¡Oh, si encontrase aquí, el héroe que puede consolar mis cruentos dolores! Por todo lo que he sufrido, por lo que siempre me ha torturado en medio de la desgracia, ¡qué grata me parecería la venganza si alcanzase por fin lo que tanto ha deseado y tanto he llorado! ¡Oh, si pudiese encontrar al héroe, le estrecharía entre mis brazos!

**SIEGMUND.**—(*Abrazándola entusiasmado.*) Yo, mujer sublime, soy el héroe destinado á poseer amadora y espada. En mi pecho ardé una llama que ha de unirme á tí: halló en tí lo que siempre busqué: en tí se colman mis anhelos: tú padeciste el oprobio, yo sufrí la pena: tú fuiste deshonrada, yo desterrado. Me inunda un

goce divino, teniéndote á tí entre mis brazos, y junto á mi palpitante corazón. (*La puerta del fondo se abre con gran estrépito, dejando ver el campo y una espléndida noche de primavera. La luna ilumina el cuadro bañando con sus rayos las figuras de Sieglinda y Siegmund.*)

**SIEGLINDA.**—(*Con terror y desprendiéndose de los brazos de Siegmund.*) ¡Oh! ¿quién entró? ¿quién se ha ido?

**SIEGMUND**—No temas: nadie ha salido, pero alguien entró. Mira, es la primavera que nos sonríe. (*La atrae con suavidad hacia su lecho. El resplandor de la luna es más intenso.*) Huye el invierno vencido por el buen tiempo, y surge enseguida la primavera rebosando vida. En los bosques y en los prados se mece su templado ambiente, á todos sonríen sus amorosos ojos, su armonioso canto es el dulce trinar de las aves: respira exhalando agradables perfumes y de su sangre brotan hermosísimas flores. Con tierno hechizo subyuga al mundo, y su poderoso empuje ahuyenta el mal tiempo. Por eso cedió á sus embates esa puerta que de ella nos separaba. ¡Oh Primavera, de Amor hermana! El Amor te atrae aquí, el Amor late en nuestros pechos, ¡oh Primavera gentil, yo te bendigo por haber salvado Amor de las garras del invierno! Por fin reina el regocijo. ¡Amor y Primavera se han enlazado!

**SIEGLINDA.**—Tú eres la primavera que yo anhelaba en el rigor del invierno. A tí te saludó mi corazón, con sagrado anhelo, cuando por vez primera me animaron tus ojos. Siempre me era desconocido todo lo que veía, triste cuanto me rodeaba; pero á tí siempre te he conocido: mío eras desde

que te ví: lo que escondido tenía en mi pecho, lo que yo soy, se me manifestó claro como la luz del día, cuando vino para alegrar mi destierro el amigo bienhechor. *(Se abraza á su cuello y se queda extasiada contemplándole )*

SIEGMUND.—*(Entusiasmado.)* ¡Oh, delicia suprema! ¡Mujer sublime!

SIEGLINDA.—*(Fijando sus ojos en los de Siegmund.)* Así te quiero, bien cerca de mí; mas aún; deja que contemple hasta saciarme el resplandor que irradia de tus ojos y tu semblante y que con tanta fuerza me cautiva.

SIEGMUND.—La luna primaveral alumbra tu belleza y me muestra tu reluciente cabellera: ahora comprendo lo que tanto en tí me extasia: es mi propia mirada que se baña en amor.

SIEGLINDA.—*(Apartándole los rizos de la frente y arrobándose en él.)* Tu hermosa frente descubierta, me seduce y encanta. Tengo miedo á mi propio amor: me parece maravilla que te vea hoy por vez primera: ¿no te vieron ya mis ojos?

SIEGMUND.—También recuerdo haberte visto en sueños presa de ardientes deseos.

SIEGLINDA.—Yo vi en el arroyo mi propia imagen y ahora la vuelvo á ver: como el reflejo del agua me la presentas tú ahora.

SIEGMUND.—Tu eres la imagen que siempre soñé.

SIEGLINDA.—*(Desviando la mirada.)* ¡Qué extraño! Deja que recuerde tu voz. Me parece que cuando niña oí su sonido... Pero no: la oí hace poco, *(Emocionada)* cuando resonó en el bosque el eco de la mía.

SIEGMUND.—¡Oh, voz celestial, la que ahora escucho!

SIEGLINDA.—(*Volviendo á mirarse en los ojos de él*). El brillo de tus ojos me inflamó ya otra vez; aquel anciano que vino á dulcificar mi dolor me miró como tú: tus ojos me dicen que eres su hijo y el descendiente de su nombre. (*Se interrumpe y luego prosigue en voz baja.*) ¿De veras te llamas Wehwalt?

SIEGMUND.—Desde que me amas dejé de llamarme así. Ahora domino las delicias del amor.

SIEGLINDA.—¿Y no puedes llamarte Friedmund?

SIEGMUND.—Llámame como se te antoje: llevaré el nombre que me des.

SIEGLINDA.—¿No dijiste que tu padre fué el Lobo?

SIEGMUND.—Era un lobo para zorras cobardes. Pero cuando se erguía arrogante y hacía brillar sus pupilas cual las tuyas, se llamaba Welsa.

SIEGLINDA.—(*Fuera de sí.*) Si Welsa fué tu padre y tu eres un Welsa, para tí hundió en el tronco del fresno la espada. Deja, pues, que te nombre como á tí requiere: ¡Siegmund! ¡Yo así te llamo!

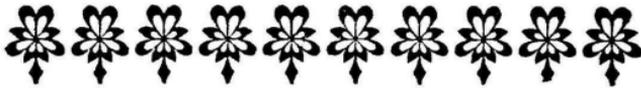
SIEGMUND.—(*Se lanza hacia el árbol y coge el puño de la espada*) Siegmund me llamo y Siegmund soy: sea de ello testigo esta espada que empuña mi mano. Welsa me dijo que en la mayor necesidad la encontraría: pues bien, ya la tengo. El amor sagrado me pone en peligro: mis supremas angustias, mis violentos anhelos, el fuego que devora mi pecho enamorado, me arrastran á la lucha y á la muerte. ¡Nothung! así te llamo, espada. ¡Nothung! ¡Nothung! Acero envidiado, muéstrame el filo de tu escondida hoja. ¡Sal de tu vinal

¡Sal para mí! *(De un fuerte tirón arranca la espada del tronco y blandiéndola la muestra á Sieglinda: ésta se sobrecoge de admiración)* Estás viendo á Siegmund el Welsa, mujer querida. Como prenda de bodas ¡oh novia! recibe esta espada: así te conquisto, mujer divina y así te arranco al enemigo. Sigüeme; vamos lejos de aquí; vente conmigo á donde sonríe la hermosa primavera. Allí te protegerá Nothung, la espada, cuando de amor perezca Siegmund. *(La ciñe la cintura y hace ademán de huir.)*

SIEGLINDA.—*(Se desprende de Siegmund, y encarándose con él, exclama en el paroxismo del amor.)* Si es á Siegmund á quien contemplo, yo soy Sieglinda que te esperaba ansiosa. En un mismo día has encontrado espada y hermana. *(Se abraza á Siegmund.)*

SIEGMUND.—Hermana y esposa eres para tu hermano. ¡Surja, pues, de nosotros la sangre de los Welsas! *(La estrecha entre sus brazos con irresistible ardor.)*

TELON



## ACTO SEGUNDO

ASPERA REGIÓN DE MONTAÑAS PENASCOSAS.—Desde el fondo sube, yendo á parar á unas rocas elevadas, un desfiladero, desde el el cual terreno desciende hasta el proscenio en abruptas vertientes.

### ESCENA PRIMERA

Aparece WOTAN de guerrero y con lanza delante de él BRUNNHILDA la walyria también armada.

WOTAN.—Prepara tu caballo, hija sublime. Pronto libraremos sangriento combate. No olvides, Brunnhilda, que prometiste al Welsa la victoria. Declárese Hunding por quien quiera; á mí no me conviene para el Walhalla. Date, pues, prisa en partir.

BRUNNHILDA.—(*Saltando y gritando alborozada se dirige hacia la altura de la derecha.*) ¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Hojotoho! ¡Hojotoho! ¡Heiahaha! ¡Hojoho! (*Llegada á la cumbre se para, mira hacia el desfiladero del fondo y dice á Wotan*) Oye, padre: también tú debes disponerte á combatir. Tendrás que sostener un duro ataque: veo venir á Fricka, tu mujer, en un carro tirado por chivos. ¡Heil! ¡Cómo restalla su látigo de oro! ¡los pobres animales tiemblan de miedo: las ruedas crujen: el combate será terrible! No me gusta mezclarme en choques semejantes; prefiero las

luchas entre guerreros esforzados: por lo tanto cuida tú de rechazar el ataque: yo me alejo satisfecha... ¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Hojotoho! ¡Hojotoho! ¡Heiaha! (*Desaparece por detrás de los picos de las rocas, en tanto llega por el defiladero Fricka en un carro tirado por dos chivos; allí se apea y se dirige luego precipitadamente hacia Wotan.*)

WOTAN.—(*Aparte viéndola llegar.*) Siempre las mismas luchas, siempre los mismos trabajos. Pero lo que es ahora no me vencerá.

FRICKA.—(*A Wotan con altivez.*) Vengo á los montes donde te refugiaste huyendo de mí. Es preciso que me ayudes.

WOTAN.—¿De qué se trata?

FRICKA.—Hunding solicita de mí, venganza por su afrenta: y yo que protejo los derechos conyugales, prométele castigar duramente á los que con tal descaro ofendieron al esposo.

WOTAN.—¿Qué mal hacen los que junta Primavera? Y si luego los hechizos del amor cautivan sus sentidos ¿quién puede castigar el amor?

FRICKA.—¡Cuan torpe y sordo á la razón te finges! Como si en verdad no supieses que vengo á clamar venganza por ofensa á los sagrados derechos conyugales.

WOTAN.—No tengo por sagrado el juramento que une á dos que no se aman. Es más: tú no puedes exigirme que emplee mis fuerzas en trabajos inútiles: en donde veo coraje aconsejo la lucha

FRICKA.—Pues consideras honroso el adulterio, sigue haciendo de ello ostentación y preconiza como cosa sagrada el casamiento entre hermanos, el incesto de esos dos gemelos. A mi se me huela el corazón y se me ofus-

ca el entendimiento al pensar que una hermana se desposa con su hermano. ¿Cuándo se vieron esas uniones carnales?

WOTAN.—Hoy lo has visto. Apréndelo, pues, aunque antes no haya sucedido. Que los dos se aman no podrás negarlo. Conque oye mi consejo: si quieres regocijarte en tu premio, bendice la unión de Siegmund y Sieglinda.

FRICKA.—(*Fuera de sí.*) ¿Se acabaron por ventura los dioses eternos desde que engendraste los Welsas salvajes? Eso pienso. ¿Lo adivino? Nada te importan los descendientes de los dioses; desprecias lo que veneraste; rompes los lazos que uniste; haces mofa de las leyes divinas; y todo para que gocen libremente esos malvados gemelos, vergonzoso fruto de tu infidelidad. Tú ultrajas el matrimonio y yo lo defiendo. Tú siempre has traicionado á tu fiel esposa: recorriste alturas y valles con el afán de dar variedad á tus placeres lujuriosos ¡y llenaste de hiel mi corazón! ¡Hombre sin entrañas! Debo contemplar como te acompañan á los combates esas hijas salvajes, fruto de tus criminales amores, esas nueve hermanas, las Walkyrias; y aun gracias que consideraste á tu esposa lo bastante para someterlas á su voz, sin exceptuar siquiera á tu predilecta Brunnhilda. Luego te complaces en cambiar de nombre y usando el de Welsa vagas por los bosques á manera de famélico lobo. Más aún: te degradas á bajezas mayores, no te avergüenzas de crear, dios como eres, una humana pareja y consientes que esos hijos de la loba ultrajen á tu propia mujer. Acaba, pues: colma la medida: pisotea á tu esposa.

WOTAN.—(*Con acento tranquilo*) En vano me empeñaría en explicarte lo que no podrías comprender hasta que surja el hecho á la luz del dia. Tú solo entiendes aquello á que estás acostumbrada; yo discurro lo que aún nunca ha sido. Oye lo que voy á decirte; hace falta un héroe que sin la ayuda divina se emancipe de los dioses y de sus leyes: este héroe es el único capaz de realizar el hecho necesario á los dioses, y que éstos como á tales tienen vedado.

FRICKA.—¡Quieres engañarme con tus profundas ideas! ¿Que actos sublimes podrán llevar á cabo los héroes que no puedan los dioses, si á ellos solo les mueve nuestra voluntad?

WOTAN.—¿Desprecias su propio valor?

FRICKA.—¿Quién les dió su corage? ¿Quién guía á esos ciegos? Parecen fuertes cuando están bajo tu amparo: tú eres quien les anima y solo tú les inspiras las proezas que tanto me alabas. Con nuevas astucias pretendes engañarme, y evadirte con nuevos manejos; pero el Welsa jamás será tuyo. En él te humillaré, pues solo por tí es tan arrogante.

WOTAN.—(*Emocionado*) Nunca le defendió mi protección: él solo se crió en medio de terribles angustias.

FRICKA.—Pues no le protejas hoy: quítale la espada que le diste.

WOTAN.—¡La espada!

FRICKA.—Si, la espada, ese mágico acero que el dios destinó á su hijo.

WOTAN.—(*Violento*) Siegmund se la ganó por si mismo, (*Con voz temblorosa y reprimiéndose*) cuando más falta le hacía. (*Desde este momento hasta el final de la escena, Wo-*

*tan cae en abatimiento profundo y misterioso.)*

FRICKA.—(Con vehemencia) Tú fuiste quien le puso en el caso de ganársela. ¿Quieres engañar á la que día y noche sigue tus pasos? Para él hundiste en el fresno la espada; tú mismo le preveniste de ello; ¿y ahora pretendes negar que sólo tu astucia le llevó á donde estaba el arma? (Wotan hace un gesto de disgusto. Fricka lo advierte y se anima) Con esclavos no pelean los libres: los esclavos han de purgar sus culpas. Estoy dispuesta á luchar contra tu poder, pero Siegmund está sujeto al mio. (Wotan quiere violentarse pero se rinde á su propia impotencia) ¿Tiene que obedecer, tu esposa eterna, al que te pertenece y de quien tú eres dueño absoluto? ¿Debo recibir tal afrenta de ese vil, juguete de los suyos y escarnio de los libres? ¡Eso no puede permitirlo un esposo! ¡No ha de profanarse así una diosa!

WOTAN.—(Taciturno) ¿Qué exiges de mí?

FRICKA.—Que abandones el Welsa.

WOTAN.—(Con voz reprimida.) Deja que cumpla su destino.

FRICKA.—Pues no le ayudes cuando le llame el vengador á combate.

WOTAN.—Estoy, de él, distanciado.

FRICKA.—¡Mírame frente á frente y no pienses en engañarme! Aleja también de él á la Walkyria.

WOTAN.—Libre es ésta de obrar a su antojo.

FRICKA.—No es cierto: ella obra según tu voluntad. Ordénale pues, que mate á Siegmund.

WOTAN.—(Luchando consigo mismo.) No puedo hacerle perecer: se apoderó de mi espada.

FRICKA.—Desencanta el acero y hazlo pedazos:

el enemigo encontrará indefenso á Siegmund.

LA VOZ DE BRUNNHILDA.—(*De lo alto.*) ¡Heihal  
¡Heiha! ¡Hojotohol!

FRICKA.—Contenta viene tu hija y montada á su corcel.

WOTAN.—(*Aparte en voz velada.*) La dije que combatiese á favor de Siegmund.

VOZ DE BRUNNHILDA.—¡Heiaha! ¡Heiohotojo!  
¡Hotojoha! (*Aparece Brunnhilda á caballo por el aspero camino de la derecha; repara en Fricka, apéase, y guiando á su caballo de la brida lo esconde en una gruta.*)

FRICKA.—¡Cubra hoy tu escudo el sagrado honor de tu esposa! Destituídos del poder y burlados por los humanos, nos hundiríamos todos los dioses, si no vengase hoy mis derechos tu valerosa hija. El Welsa caerá por mi honor si me jura Wotan lo prometido.

WOTAN.—(*Recostándose desanimado sobre una roca.*) ¡Cuenta con mi juramento!

FRICKA.—(*Se dirige hacia el fondo en donde se encuentra con Brunnhilda. Se detiene para decirla:*) Allá te aguarda Wotan: ve á que te comunique sus órdenes. (*Monta á su carro y se aleja á escape.*)

## ESCENA II

BRUNNHILDA presa de ansiedad y recelos se presenta á WOTAN, quien sentado en una roca, la cabeza apoyada en la mano, permanece sumido en meditación profunda.

BRUNNHILDA.—Funesta señal me parece el ver á Fricka sonriendo. Padre, ¿qué debes decirme? Pareces triste y sombrío.

WOTAN.—(*Deja caer el brazo y alza la cabeza.*)

Me cogí en mis propias redes: ¡soy de todos el menos libre!

BRUNNHILDA.—Nunca te ví de esta suerte. ¿Qué es lo que tanto te apena?

WOTAN.—(*Revelando en su semblante y en sus ademanes una emoción creciente, hasta rayar en desespero.*) ¡Oh escarnio á la divinidad! ¡Tormento cruel! ¡Pena divina! ¡Furia sin límites! ¡Eterno dolor! ¡Yo soy el más desgraciado de todos!

BRUNNHILDA.—(*Asustada, arroja lejos de sí lanza, yelmo y escudo: luego se arrodilla á los pies de Wotan*) ¡Padre! ¡Padre! Dí, ¿qué te pasa? ¿por qué llenas de angustia á tu hija? Confía en mí; yo te soy siempre fiel. Habla, te lo ruega Brunnhilda (*Apoya la cabeza sobre las rodillas de Wotan*).

WOTAN.—(*La contempla largo rato acariciando sus rizos: luego, como despertando de profunda meditación, empieza en voz baja*) Si se lo revelo ¿no anularé mi voluntad?

BRUNNHILDA.—(*Contestando en el mismo tono*) A tu voluntad te diriges cuando me expones tus deseos. ¿Quién soy yo, si no tu verdadera voluntad?

WOTAN.—(*Prosiguiendo en voz baja*) Lo que á nadie digo con palabras, secreto queda para siempre: cuando contigo hablo, creo hablarme á mi propio. (*Con voz aún más profunda y conmovedora, conservando fija su mirada en los ojos de Brunnhilda*) Cuando se apagó en mí el fuego del amor, mi corazón anheló el poder: impelido por esta pasión conquisté el mundo entero. Sin darme de ello cuenta me comprometí en pactos infames. El astuto Loge me engaña y luego huye. Así y todo, no quise separarme del amor, y en él soñé, á pesar de mi grandeza. En cambio, el hijo de la no-

che, el temeroso nibelungo Alberich, despreció y maldecio el amor, obteniendo por esto el Oro del Rhin y un poder sin límites. Con astucia, me apoderé del anillo que Alberich forjó, pero no se lo devolví al Rhin, sino que pagué con él el precio del Walhalla, la morada suntuosa levantada por los gigantes y desde cuyo sitio domino el mundo. La que conoce el destino de las cosas, Erda, me aconsejó que me desprendiese del anillo, porque de conservarlo pondría fin á la eternidad. (*Con vehemencia*) Deseaba saber más de este fin, (*Conteniéndose*) pero Erda desapareció. (*Animándose*) Entonces perdí el valor que me animaba, y en mi afán de saber bajé al mundo. Con la magia del amor, conquisté á Erda, humillando su orgullo y forzándola á resolver mis dudas. Ella me comunicó su saber, pero de mi obtuvo una prenda: la mujer más sabia del mundo te parió á tí, Brunnhilda. Te crió con ocho hermanas, y os hizo á todas walkyrias para alejar el peligro que ella me predijo: el vergonzoso fin de los dioses eternos. Con objeto de que el enemigo nos encontrase fuertes, hice que creaseis héroes. Aquellos á quienes nosotros teníamos sujetos á las leyes que les dimos, á quienes limitamos el valor y que por medio de falaces convenios sujetamos á ciega obediencia, á esos debias comunicar corage y excitarles al combate, poblando así el Walhalla de guerreros esforzados.

BRUNNHILDA.—De héroes hemos poblado el Walhalla; yo misma he llevado á muchos. ¿Qué te aflige, pues, si no perdemos momento en complacerte?

WOTAN.—(*Con voz apagada*) No es eso: Erda me advirtió otra cosa. Los nibelungos

quieren aniquilarnos: Alberich me profesa rencorosa envidia (*Animándose*) pero no temo sus tenebrosos ejércitos: mis héroes sabrán derrotarles. (*Bajando la voz*) Mas si volviese el nibelungo á recobrar el anillo, (*Más bajo*) perderíamos el Walhalla. Únicamente quien maldijo el amor, puede valerse de la fuerza mágica del anillo para anular á los dioses. (*Animándose*) También se valdría del esfuerzo de mis guerreros y les obligaría á pelear contra mí hasta vencerme. (*Conteniéndose*) Entonces me dí á pensar como volvería á apoderarme del Oro. (*Bajando la voz*) El feroz Fafner, uno de los gigantes cuyo trabajo recompensé con el Oro, guarda el tesoro por el cual mató á su hermano. Hay, pues, que robarle el anillo que yo le entregué; pero no puedo luchar contra aquel con quien he pactado: los pactos me quitan el poder. (*Con amargura*) Estas son las trabas que me sujetan: los pactos me hacen reinar pero ahora ellos me esclavizan. Solo un mortal podría alcanzar lo que me está vedado, un héroe á quien yo no ayudase, y que extraño á los dioses, libre de su amparo, sin saberlo y sin plan ninguno, en dependencia propia, ejecutase esa acción que me asusta, esa acción que no puedo decir apesar de ser mi único anhelo. ¿Dónde encontrar al enemigo de los dioses que luche á favor de un dios? ¿De dónde sacar al hombre á quien yo nunca protegiera y que combatiendo en su propio favor me favoreciese á mí? ¿Existe alguno distinto de mí que obrando involuntariamente realice mis anhelos? ¡Oh, divino oprobio! ¡Horrible tormento! ¡Qué fastidioso es verse siempre uno mismo en todo cuanto crea! ¡Lo

demás no puedo encontrarlo á pesar de mis anhelos! Yo sólo sé crear esclavos: el libre debe crearse á si mismo.

BRUNNHILDA.—¿Pero el Welsa Siegmund no obra según su voluntad?

WOTAN.—Afrontando peligros recorrí con él los bosques: le excité á batallar contra las leyes de los dioses, y de la venganza de estos, le resguarda ahora la espada (*Con amargura*) que yo le dí. ¿Cómo he de querer engañarme á mi mismo? Pronto descubrió Fricka mi error y me adivinó hasta lo más recóndito: menester es, pues, que obedezca su voluntad.

BRUNNHILDA.—¿Apartarás de Siegmund la victoria?

WOTAN.—(*Entregándose á la desesperación.*) Dueño fuí del anillo del nibelungo, y re-tuve codicioso el oro. Ahora me persigue la maldición. He de abandonar lo que amo, inmolar lo que quiero, engañar á quien fía en mí. (*Terriblemente desesperado.*) ¡Lejos, pues, de mí, gloria inmortal, vana grandeza, fatal afrenta! ¡Húndase mi obra! ¡Renuncio á ella! ¡Sólo una cosa quiero: el fin... el fin... (*Se para pensativo.*) Y por el fin vigila Alberich. Ahora comprendo el obscuro significado de las atroces palabras de Erda: «Si el que odia el dulce amor llega á engendrar un hijo, cercano estará el fin de la divinidad.» Según las nuevas que corren del nibelungo, éste domina á una mujer cuyos favores alcanzó con el Oro. Dicha mujer recibió el fruto del odio, y la fuerza de la envidia se revuelve en sus entrañas. Eso consigue quien maldice del amor. ¡Yo que con amor engendro, nunca crearé al libre que combata por mí! (*Enfurecido.*) ¡Recibe, pues, mi

bendición, hijo de la noche! Lo que yo más odio y más aborrezco, la pompa vana de la divinidad te lego en herencia: ¡que tu envidia la roa con voracidad!

**BRUNNHILDA**.—(*Asustada.*) Pues dime padre, ¿qué debo hacer yo?

**WOTAN**.—(*Amargamente.*) Pelea por Fricka: defiende su honor y sus juramentos. (*Asperamente.*) Tengo de acatar su voluntad: si quiero otra cosa nada puedo. En vano me procuré un héroe libre: combate, pues, á favor de los esclavos de Fricka.

**BRUNNHILDA**.—¡Oh dolor! Arrepiéntate enseñuida de lo dicho. Tú amas á Siegmund, lo sé, y por eso salvaré al Welsa.

**WOTAN**.—Debes derrotar á Siegmund y dar á Hunding la victoria. Pon cuidado y esfuérzate; despliega en el combate todo tu valor. Siegmund lleva recia espada: mucho costará vencerle.

**BRUNNHILDA**.—Nunca me obligará tu inconstante palabra á combatir contra aquel á quien me ensañaste á amar y que por sus esclarecidas virtudes te es tan caro.

**WOTAN**.—¿Esto te atreves á decirme, hija rebelde? ¿Qué eres tú más que ciego instrumento sujeto á mi voluntad? ¿Tanto me rebajé al consultarte mis secretos que soy escarnio de mis propios hijos? ¿No temes mi cólera? Desespera de tu valor cuando aplastándote caiga sobre tí. En mi pecho guardo la cólera que convertirá en polvo el mundo que fué mi deleite. ¡Ay de aquel á quien alcance! Solamente desgracias le acarraría su temeridad. Por eso te aconsejo que no me excites; haz lo que te ordeno: rinde á Siegmund: ésta debe ser tu obra. (*Con precipitado paso desaparece por los*

*montes de la izquierda. Brunnhilda permanece largo rato aturdida y asustada.)*

BRUNNHILDA.—Nunca vi tan encolerizado á mi padre, ni en el ardor de la disputa. *(Recoge y vuelve á ceñirse las armas.)* Mucho pesan hoy las armas y sólo se aligeran cuando combato con gusto. ¡Con cuanta inquietud parto hacia esa ruin batalla! *(Permaneciendo pensativa y suspirando.)* ¡Oh mi Welsa! ¡En tu peligro mayor tengo que serte infiel! *(Se encamina lentamente hacia el fondo, y al llegar al desfiladero percibe á Siegmund y Sieglinda subiendo la cuesta: les observa un momento y se entra luego en la cueva donde dejó su corcel.)*

### ESCENA III

Aparecen por el desfiladero SIEGMUND y SIEGLINDA; ésta huyendo y Siegmund tratando de alcanzarla.

SIEGMUND.—Párate y descansa aquí.  
 SIEGLINDA.—Adelante, adelante.  
 SIEGMUND.—*(Abrazándola dulcemente.)* No vayas más lejos, dulce esposa. Detente. La dicha del amor te anima y andas tan deprisa que apenas puedo seguirte: corres desesperada á través de las fragosidades de los montes sorda á mis voces. *(Sieglinda mira ávidamente delante de sí.)* Descansa pues: habla al enamorado, disipa la angustia que tu silencio me causa. ¡Mírate en brazos de tu hermano! Vamos, Siegmund te acompañará. *(La lleva sin que ella lo advierta, al asiento de piedra. Sieglinda contempla absorta á Siegmund con creciente embeleso; luego se abraza á su cuello con pasión. Al fin, se desprende de él asustada.)*  
 SIEGLINDA.—¡Vetel! ¡Vetel! ¡Huye de la mujer

sacrílega! Manchado está el brazo que te estrecha: deshonrado mi cuerpo. Aléjate del cadáver: suéltalo. Deja que se lleve el viento á la que deshonrada se entregó á tí, ¡oh héroe! Cuando me abrazabas amoroso, cuando disfrutando de un placer supremo me entregaba al hombre que despertó en mi el amor, aún en medio de las más gratas alegrías y de aquella dicha encantadora, horror y espanto invadieron mi alma, me senti envilecida, porque había obedecido á un hombre á quien me casé sin amor. ¡Suelta á esa maldita, deja que huya de tí: soy una mujer infame, despreciable! Suéltame, que soy indigna de un hombre tan puro y noble. ¡Suéltame! Solo puedo ser causa de ignominia y vergüenza para tí ¡oh hermano!

**SIEGMUND.**—El criminal pagará con su sangre los daños que te causó. No temas, deja que venga. Aquí ha de caer en mis garras. Vengaré tus afrentas hundiéndole esta espada en su corazón.

**SIEGLINDA.**—(*Escucha sobrecogida.*) ¿Oyes? ¿Oyes el sonido de su cuerno? ¿Oyes los gritos furiosos que resueban á nuestro alrededor y se esparcen retumbando por el valle? Hundíng despierta de su sueño profundo: llama á los hombres y á los perros: les excita á que aullando clamen venganza para los derechos conyugales ultrajados. (*Mira á todos lados alocada. Después grita asustada.*) Siegmund, ¿dónde estás? ¿Puedo verte aún? ¡Tanto que te quiero, luz de mi vida! Deja que vea una vez más el brillo de tus ojos; no rechazes el beso de la mujer deshonrada. (*Se lanza, sollozando entre los brazos de Siegmund. Luego se yergue con sobresalto.*) ¿Oyes? ¿No oyes el

cuerno de Hunding? Sus jaurias se acercan armadas de formidables colmillos: ninguna espada sirve contra sus perros... Arrójala Siegmund... tirlala lejos... Siegmund, ¿dónde estás? ¡Ah, sí... ahora te veo! ¡Qué negra visión la mía! Perros que muestran sus dientes prontos á devorarte... no respetan tu noble mirada y muerden furiosos á tus piernas... caes... la espada se hace pedazos... El fresno tambalea... se quiebra el tronco... ¡Hermano mío! ¡Hermano mío! Siegmund... ¡Ah! (*Cae desmayada en brazos de Siegmund.*)

SIEGMUND.—¡Hermanal ¡Querida mía! (*Escucha su respiracion y advierte que aún vive. La deja que vaya poco á poco resbalando, de modo que al sentarse, la cabeza de Sieglinda descanse sobre su pecho. Ambos permanecen en esta postura hasta el final de la escena siguiente.—Largo silencio, durante el cual Siegmund se inclina con cariñosa solicitud hacia Sieglinda y posa sobre su frente repetidos besos.*)

#### ESCENA IV.

BRUNNHILDA sale de la gruta teniendo de la brida á su corcel, se para y contempla á Siegmund. Lleva en una mano lanza y escudo, y con la otra se apoya en el caballo: así observa, durante un rato, silenciosa y pensativa á Siegmund.

BRUNNHILDA.—¡Siegmund! ¡Mírame! Yo soy á quien debes seguir.

SIEGMUND.—(*Mirándola.*) ¿Quién eres, dí, que tan hermosa y severa me pareces?

BRUNNHILDA.—Sólo me contempla el que está cercano á la muerte: para quien me ve se apaga la luz del día: en el combate saludo

á los héroes: quien me percibe le elijo para la muerte.

**SIEGMUND.**—(*Clava en Brunnhilda una mirada escrutadora, baja pensativo la cabeza, y se dirige al fin otra vez á ella con resolución.*) Si el heroe te sigue ¿á dónde le conduces?

**BRUNNHILDA.**—Te conduciré al dios de los combates, quien te ha escogido para sí. Debes seguirme al Walhalla.

**SIEGMUND.**—Y una vez allí ¿encontraré sólo al dios de las batallas?

**BRUNNHILDA.**—El augusto ejército de los héroes derrotados, te ofrecerá solemne acogida.

**SIEGMUND.**—¿Veré allí al Welsa, mi padre?

**BRUNNHILDA.**—Allí estará.

**SIEGMUND.**—¿Habrà en el Walhalla una mujer?

**BRUNNHILDA.**—Verás allí vírgenes sublimes. La hija del dios te ofrecerá hidromiel.

**SIEGMUND.**—Veo en tí á la hermosa y augusta hija de Wotan. Pero contéstame ¡oh eternal! ¿vendrá conmigo mi hermana y esposa? ¿estarán juntos Siegmund y Sieglinda?

**BRUNNHILDA.**—Todavía debe vivir en la tierra. ¡Sieglinda no verá allí á Siegmund!

**SIEGMUND.**—(*Besa á Sieglinda en la frente y dice á Brunnhilda.*) Pues saluda al Walhalla de mi parte, saluda á Wotan, al Welsa y á todos los héroes; saluda también á las dulces vírgenes. (*Con resolución.*) ¡Yo no te sigo!

**BRUNNHILDA.**—Percibiste la tétrica mirada de la walkyria y tendrás que seguirla.

**SIEGMUND.**—Donde esté Sieglinda, en penas ó alegrías estará también Siegmund. No me arredra tu mirada: ¡jamás me separarás de ella!

**BRUNNHILDA.**—Mientras vivas, nada te obliga-

rá, pero, no ves, loco, que te obligará la muerte? Para anunciártela he venido aquí.

SIEGMUND.—¿Dónde está el enemigo que puede vencerme?

BRUNNHILDA.—Hunding te matará.

SIEGMUND.—¡Amenázame con enemigos más fuertes que Hunding! Si quieres llevarte un héroe, elígelo, que yo espero rendirle en el combate.

BRUNNHILDA.—(*Meneando la cabeza.*) No, Welsa, óyeme bien, el escogido eres tú.

SIEGMUND.—¿Ves esta espada? El que me la dió, dióme con ella la victoria. Tus amenazas no me arredran.

BRUNNHILDA.—(*Con voz recia.*) El que hizo la espada para tí, ahora te condena á muerte, puesto que quita al acero su hechizo.

SIEGMUND.—(*Violento.*) ¡Basta! No asustes á la mujer que duerme. (*En un arranque de dolor se dobla hacia ella con cariño.*) ¡Ay! ¡Oh, dolor! ¡Oh, dulce esposa; de todas la más despreciada! Contra tí pelea en armas el mundo entero, y yo, el único en quien tienes puesta tu confianza, ¿no puedo ampararte con mi brazo? ¿A tí, la más decidida, he de abandonarte en el combate? ¡Vergüenza para quien me dió la espada, ya que en lugar de concederme la victoria me condena al oprobio! Si sucumbo en la lucha, no quiero que me lleven al Walhalla: Hella me protegerá. (*Recuesta su cabeza en la frente de Sieglinda.*)

BRUNNHILDA.—(*Conmovida.*) ¿Tan poco te importan las delicias eternas? (*Conteniéndose.*) ¿Lo es todo para tí esa mujer que cansada y desfallecida sostienes en tus rodillas? ¿Nada quieres fuera de ella?

SIEGMUND.—(*Acongojado y mirando á Brunnhilda.*) ¡Tan joven y hermosa que eres

para mis ojos y tan dura y fría para mi corazón! ¡Si tan sólo para despreciarme estás aquí, vete, mujer cruel! Mas, si quieres complacerte en mi dolor, saborea mis penas, regocíjate de mis desgracias... ¡Todo, menos hablarme de las ásperas delicias del Walhalla!

BRUNNHILDA.—(*Conmovida.*) Veo los afanes que te devoran el corazón: siento el pesar que aflige al héroe. ¡Siegmund, confiame tu mujer; yo la protegeré!

SIEGMUND.—Nadie más que yo la ha de tocar. Si he de morir, antes mataré á ella, ahora que duerme.

BRUNNHILDA.—¡Welsa! ¡Tú deliras! Oye mi consejo: me confiarás tu mujer para salvar el fruto del amor que lleva en las entrañas.

SIEGMUND.—(*Tirando de la espada.*) Esta espada que dió un astuto á un fiel: esta espada que me hace traición, ya que no rinde al adversario, vuélvase contra el propio amigo. (*Blandiéndola sobre Sieglinda.*) Dos vidas aquí te sonrien: ¡tómalas, Nothung, espada envidiosa: córtalas de un solo golpe!

BRUNNHILDA.—(*En un arranque de compasión*) ¡Detente Welsa! ¡Sigan viviendo Sieglinda y Siegmund! Resuelto está: trueco la suerte del combate: á tí, Siegmund, doy la victoria y la felicidad. (*Se oye á lo lejos el sonar de bocinas.*) ¿Oyes la señal? Prepárate, pues; fía en tu espada y combate confiado. Yo y tu arma te seremos fieles. ¡Salud, Siegmund, héroe afortunado! En la lucha volveremos á vernos. (*Vase precipitada y desaparece con su caballo por un desfiladero de la derecha. Siegmund la mira alegre y animado. La escena se oscurece poco á poco y densas nubes de tempestad bajan por el fondo y cu-*

*bren toda la región montañesa. Siguen á los  
lejos toques de bocina.)*

## ESCENA V

SIEGMUND se inclina hacia SIEGLINDA y  
escucha su respiración.

SIEGMUND.—El dulce hechizo de su profundo  
sueño, domina su angustia y su dolor.  
¿Vino aquí la walkyria para prodigarle este  
consuelo? ¿O es que el horror al combate  
no debe arredrar á la mujer amada? Parece  
muerta pero aun vive: tal vez la acaricia  
algun sueño agradable. *(Nuevos toques de  
bocina.)* Sigue durmiendo, que una vez ter-  
minado el combate la paz será contigo.  
*(La tiende suavemente sobre las rocas, y la  
besa en la frente. Entonces oye el cuerno de  
Hunding, y se levanta resuelto á partir.)*  
Prepárase el que allí me llama: Nothung  
le pagará lo que le debo. *(Corre hacia el  
fondo y desaparece en la cima de los montes  
entre densos nubarrones — Relampaguea.)*

SIEGLINDA.—*(Presa de un sueño agitado.)* ¡Ah,  
si volviese el padre en vez de vagar con el  
niño por el bosque! ¡Madre, madre! El va-  
lor me abandona: esa gente extraña no me  
parece ni amiga ni pacífica. Se acercan ne-  
gros nubarrones y oscuros vapores: el aire  
pesa; el fuego abrasador toma incremento:  
todo arde ya! ¡Hermano! ¡Socorro! ¡Soco-  
rro! ¡Siegmund! ¡Siegmund! *(Un relámpago  
seguido de un formidable trueno despiertan á  
Sieglinga, quien se levanta sobresaltada.)*  
¡Siegmund!... ¡Ah! *(Mira vagamente y ate-  
morizada á su alrededor. La escena se ha  
cubierto de tempestuosas nubes. Se oye más  
cerca el cuerno de Hunding.)*

LA VOZ DE HUNDING.—*(De lo alto de los montes)*

¡Wehwalt! ¡Wehwalt! Preséntate al combate si no quieres que te alcancen mis perros.

LA VOZ DE SIEGMUND.—(*Más lejana*) ¿Dónde te escondes tú que no te veo en parte alguna? Pronto, ven á pelear.

SIEGLINDA.—(*Escuchando con mortal angustia.*) ¡Hunding! ¡Siegmund! ¡Si pudiese verles!

LA VOZ DE HUNDING.—Preséntate, amante criminal: Fricka te castigará.

LA VOZ DE SIEGMUND.—(*De más cerca.*) ¿Me crees desarmado? ¡Vil! ¡Cobarde! No me amenes con mujeres; más vale que combates tú mismo, sino Fricka te abandonará. Mira; esta espada la arranqué sin temor del freso que crece en tu hogar, y ahora probarás su filo. (*Un relámpago ilumina la cumbre en la que pelean Hunding y Siegmund.*)

SIEGLINDA.—(*Exhaltada.*) ¡Deteneos! ¡Matadme primero á mil (*Corre hacia la cumbre de las rocas, pero un rayo de luz vivísima que sale de la derecha iluminando los combatientes la deslumbra hasta tal punto que la hace vacilar.*)

LA VOZ DE BRUNNHILDA.—Dale recio, Siegmund: confía en tu espada. (*En medio de aquel resplandor aparece Brunnhilda por los aires cubriendo con su escudo á Siegmund. Al descargar éste el golpe mortal contra Hunding, sale de entre las nubes de la izquierda un resplandor rojizo, y aparece Wotan por encima de Hunding deteniendo con su lanza la espada de Siegmund.*)

WOTAN.—¡Obedeced mi lanza; rómpase tu espada! (*Brunnhilda aparta el escudo y retrocede espantada. La espada de Siegmundo se rompe al chocar con la lanza de Wotan. Hunding hunde su acero en el pecho del in-*

*defenso quien cae y espira. Sieglinda que ha oído sus últimos suspiros, profiere un grito y cae desmayada. Al morir Siegmund se apagan inmediatamente los rayos de luz de ambos lados. Reina profunda oscuridad. En medio de las tinieblas vese confusamente á Brunnhilda dirigiéndose apresurada hacia Sieglinda.)*

**BRUNNHILDA.**—Vamonos; quiero salvarte. (Coloca á Sieglinda sobre su caballo que estaba cerca del defiladero y desaparece con ella. Se disipa la neblina del centro y se distingue á Hunding arrancando su acero del pecho de Siegmund. Wotan, rodeado de nubes, está detrás de él sobre una roca, apoyado en su lanza y contemplando con vivo dolor el cadáver del héroe. Pausa.)

**WOTAN.**—(Dirigiéndose á Hunding.) ¡Vete, esclavo! Vuelve hacia tu Fricka y anúnciale que la lanza de Wotan ha vengado el ultraje! ¡Vete, vete! (Al tender su brazo en ademán despreciativo, Hunding cae muerto. De pronto Wotan se enfurece.) ¡Y Brunnhilda, ay de ella! ¡Tiemble la culpable, porque si llego á alcanzarla duro ha de ser mi castigo! (Desaparece entre rayos y truenos.)

TELÓN



## ACTO TERCERO

EN LA CIMA DE UN MONTE PEÑASCO-  
SO.—A la derecha, un bosque de pinos  
que cierra el horizonte por aquel lado. A  
la izquierda, la entrada de una cueva es-  
paciosa y habitable. Sobre ésta se alza una  
roca gigantesca. Hacia el fondo la vista se  
espacia libremente: grandes peñascos re-  
matan el borde de un precipicio que se  
supone existe más allá. Algunas nubes pa-  
san, como empujadas por el viento, ro-  
zando las cimas más altas.

### ESCENA PRIMERA

GERHILDA, ORTLINDA, WALTRAUTA  
SCHWERTLEITA armadas y recostadas  
en distintos puntos de la roca.

GERHILDA.—(*Recostada en lo más alto y de ca-  
ra al fondo por donde pasan nubes.*) ¡Hojoto-  
toho! ¡Heiaha! ¡Aquí, Helmwiga! ¡Arrima  
tu caballo!

LA VOZ DE HELMWIGA.—(*Desde el fondo.*) ¡Hojoto-  
toho! ¡Hojotoho! ¡Heiaha! (*A la luz de un  
relámpago vese la walkyria á caballo, llevando  
colgado de su silla un guerrero muerto.  
La aparición se aproxima á las cumbres pa-  
sando de izquierda á derecha.*)

GERHILDA, WALTRAUTA y SCHWERTLEITA. (*Lla-  
mando á la que se acerca.*) ¡Heiaha! ¡Heia-  
ha! (*La nube y la walkyria han desaparecido  
detrás del pinar.*)

ORTLINDA.—(*Gritando en dirección al pinar.*)

Trae tu potro al lado de mi yegua. A tu tordo le gusta apacentar junto á mi bayo.

WALTRAUTA.—(*Gritando en la misma direccion.*) ¿Quién cuelga de tu silla?

HELMWIGA.—(*Saliendo del pinar.*) Sintolt el Hegeling.

SCHWERTLEITA.—Separa á tu bayo del tordo: la yegua de Ortlinda lleva á Wittig el Yrming.

GERHILDA.—(*Que se ha bajado un poco.*) Como enemigos conocí á Sintolt y Wittig,

ORTLINDA.—(*Saltando.*) ¡Heiaha! ¡Heiaha! La yegua está dando de coces al bayo.

GERHILDA, HELMWIGA y SCHWERTLEITA.—(*Riendo.*) ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha!

GERHILDA.—El odio de los héroes se comunica á las bestias.

HELMWIGA.—(*Gritando hacia el pinar.*) ¡Quietobayo! ¡No perturbes la paz!

WALTRAUTA.—(*Relevando á Gerhilda en el punto más elevado.*) ¡Hojohol! ¡Hojohol! (*Llamando hacia la derecha.*) ¡Aquí Siegrunal! ¿Por donde andaste? (*Escucha.*)

LA VOZ DE SIEGRUNA.—(*De la derecha.*) Tuve que hacer: ¿están las demás aquí?

SCHWERTLEITA.—(*Gritando hacia la derecha.*) ¡Hojotoho!

WALTRAUTA.—(*Lo mismo.*) ¡Hojotoho!

GERHILDA.—(*Lo mismo.*) ¡Heiaha!

WALTRAUTA y SCHWERTLEITA.—¡Heiaha! (*Sus ademanes, y un reflejo brillante que surge del pinar, indican que Siegruna acaba de llegar.*)

LA VOZ DE GRIMGERDA.—(*De la izquierda.*) ¡Hojotoho!

LA VOZ DE ROSSWEISSA.—(*Lo mismo.*) ¡Hojotoho!

GRIMGERDA y ROSSWEISSA.—¡Heiaha!

WALTRAUTA.—¡Grimgerda y Rossweissal!

GERHILDA.—Vienen juntas. (*En un nubarrón que iluminan los relámpagos, aparecen por la izquierda Rossweissa y Grimgerda llevando cada una en su corcel un cadaver.*)

ORTLINDA, HELMWIGA y SIEGRUNA.—(*Salen del pinar y saludan desde el borde de las rocas á las que llegan*) ¡Salud guerreras! ¡Bienvenidas Rossweissa y Grimgerda!

LAS VOCES DE ROSSWEISSA y GRIMGERDA.—¡Hojotoho! ¡Hojotoho! (*La aparición se oculta detrás del pinar.*)

LAS WALKYRIAS DE LA ESCENA.—¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Hojotoho! ¡Heiaha! ¡Heiaha!

GERHILDA.—(*Hacia el pinar.*) Dejad apacentar los corceles.

ORTLINDA.—(*Lo mismo.*) Separad las yeguas de los potros hasta que los heroes hayan depuesto su cólera.

WALTRAUTA, SCHWERTLEITA, GERHILDA y SIEGRUNA.—(*Riendo.*) ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha!

HELMWIGA.—A la torda alcanzó el furor de los héroes.

LAS OCHO WALKIRIAS.—(*Riendo.*) ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha!

ROSSWEISSA y GRIMGERDA.—(*Saliendo por el pinar.*) ¡Hojotoho! ¡Hojotoho!

TODAS.—Salud, bienvenidas.

SCHWERTLEITA —¿Siempre fuisteis juntas?

GRIMGERDA.—No: hasta hoy no nos hemos encontrado.

ROSSWEISSA.—Puesto que estamos reunidas démonos prisa: Wotan aguarda en el Walhalla á que le llevemos los muertos.

HELMWIGA.—No somos más que ocho: aun falta una.

GERHILDA.—Brunnhilda estará entretenida con el Welsa.

WALTRAUTA — Pues tendremos que aguardarla

hasta que venga: Wotan nos recibiría enfurecido si nos viese sin ella.

SIEGRUNA.—(*Desde la cima del peñón y mirando hacia el fondo.*) ¡Hojotoho! ¡Hojotoho!  
¡Aquí, aquí! (*A las otras.*) ¡Brunnhilda viene á todo escape!

LAS WALKYRIAS.—(*Corriendo hacia la cima y llamando.*) ¡Hojotoho! ¡Hojotoho! ¡Hojotoho!  
¡Brunnhilda! ¡Heil! ¡Heiaha!

WALTRAUTA.—¡Deja que descanse tu corcel cerca del pinar!

GRIMGERDA.—¡Jadeante llega Granel!

ROSSWEISSA.—Nunca ví á una walkyria lanzarse á tan veloz carrera.

ORTLINDA.—¿Qué cuelga de su silla?

HELMWIGA.—No es ningun héroe.

SIEGRUNA.—Es una mujer.

GERHILDA.—¿Dónde la habrá encontrado?

SCHWERTLEITA.—¡No nos saludal!

WALTRAUTA.—(*Llamando recio.*) ¡Heiaha!  
¡Brunnhilda! ¿No nos oyes?

ORTLINDA.—Ayúdala á apearse.

TODAS.—(*Gritando.*) ¡Hojotoho! ¡Hojotoho!  
¡Heiaha! (*Helmwiga, Gerhilda y Rossweissa se precipitan hacia el pinar.*)

WALTRAUTA.—(*Mirando en la misma dirección.*)  
Rendido cae al suelo Granel el fuerte.

GRIMGERDA.—¡Baja de prisa de la silla á la mujer!

LAS DEMÁS WALKYRIAS.—(*Corriendo hacia el pinar.*) ¡Brunnhilda, Brunnhilda, ¿que ha sucedido? (*Todas las walkyrias reaparecen y con ellas Brunnhilda sosteniendo y conduciendo á Sieglinda*)

BRUNNHILDA.—(*Jadeante.*) ¡Pronto! ¡Socorredme en mi mayor peligro!

LAS WALKYRIAS.—¿De donde vienes tan precipitada? Solo corre así quien huye.

BRUNNHILDA.—Por primera vez huyo y soy perseguida: Wotan viene en pos de mí.

LAS WALKYRIAS.—(*Vivamente asustadas.*) ¿Estás en tu juicio? Habla; dí, ¿te persigue el padre de los ejércitos? ¿Huyes de él?

BRUNNHILDA.—(*Angustiada, va, mira al fondo y vuelve.*) ¡Oh hermanas, mirad desde la cima de aquella roca si nuestro padre viene por la parte de septentrión! (*Ortlinda y Waltrauta suben para observar.*) Decid, ¿le veis ya?

ORTLINDA.—Por aquella parte se levanta tempestad.

WALTRAUTA.—Se acumulan gruesos nubarrones.

LAS WALKYRIAS.—Wotan cabalga en su sagrado corcel.

BRUNNHILDA.—El furioso cazador que me persigue se acerca por septentrión. ¡Protegedme hermanas! (*Por Sieglinda.*) ¡Socorred á esa mujer!

LAS WALKYRIAS.—¿Quién es ella?

BRUNNHILDA.—Óidme y pronto lo sabréis. Se llama Sieglinda y es hermana de Siegmund. Wotan se ha enfurecido contra los Welsas. En el combate de hoy yo había de matar á Siegmund, pero obté por protegerle contra el dios, quien le rindió airado con su lanza. Muerto Siegmund yo huí con su mujer, y para salvarla acudo á vosotras. (*Abatida.*) ¡Protegedme! ¡Evitadme el castigo!

LAS WALKYRIAS.—(*Consternadas.*) ¿Qué hiciste hermana? ¡Imprudente! ¡Ay Brunnhilda! ¡Desgraciada! ¿Cómo te rebelaste contra la sagrada voluntad de Wotan?

WALTRAUTA.—(*Desde la cumbre de la roca.*) Del septentrión se nos acercan oscuras nubes.

ORTLINDA.—(*Del mismo lugar.*) La tempestad se dirige con furor hacia acá.

LAS WALKYRIAS.—(*Mirando hacia al fondo.*) Wotan azota su corcel y éste relincha encolerizado.

BRUNNHILDA.—¡Ay de esa infeliz si Wotan la encuentra aquí, pues quiere acabar con los Welsas! Hermanas, ¿cual de vosotras me prestará su corcel para huir con ella?

SIEGRUNA.—¿También pretendes que nosotras nos rebelemos?

BRUNNHILDA.—Rossweissa, préstame tu caballo.

ROSSWEISSA.—A la vista de nuestro padre jamás se apartó mi caballo.

BRUNNHILDA.—Helmwiga, óyeme.

HELMWIGA.—Obedezco al padre.

BRUNNHILDA.—¡Grimgerda! ¡Gerhilda! prestadme vuestro corcel. ¡Schwertleita, Siegruna! ved mi angustia. ¡Oh, sedme tan fieles, como fiel he sido para vosotras! ¡Salvad á esa pobre mujer!

SIEGLINDA.—(*Que hasta ahora había permanecido insensible, descarriada la mirada, parece volver en sí. Brunnhilda acude solícita para protegerla pero ella la rechaza.*) No te angustie mi suerte: solo me remediará la muerte. ¿Por qué me alejaste del sitio fatal? Allí la misma espada que atravesó á Siegmund habría acabado con mi vida. ¡Juntos hubiéramos espirado! ¡Oh Siegmund! ¿lejos de tí yo? Si he de olvidarte, cúbrame la muerte. Si no quieres que por haberme salvado te maldiga, oye mi suprema súplica: húdame tu espada en el corazón.

BRUNNHILDA.—¡Vive, desgraciada, vive: el amor quiere que vivas. Salva la prenda que recibiste del héroe! (*Con voz recia.*) ¡En tus entrañas llevas un Welsa!

SIEGLINDA.—(*De pronto se estremece; luego brilla en su semblante un rayo de alegría.*) Sí, sálvame, salva á mi hijo! Doncellas, prestadme vuestro apoyo. (*Del fondo se levanta tempestad.*)

WALTRAUTA.—(*Desde lo alto.*) La tempestad se aproxima.

ORTLINDA.—(*Lo mismo.*) Huya quien la teme.

LAS OTRAS SEIS.—¡Afuera esa mujer peligrosa!  
¡Que ninguna de nosotras la proteja!

SIEGLINDA.—(*Arrodillada ante Brunnhilda.*)  
¡Sálvame tú; salva á una madre!

BRUNNHILDA.—(*Con pronta resolución.*) ¡Huye pronto y huye sola! Yo aquí me quedo y me someto á la ira de Wotan: caiga en mí su enojo mientras tú escapas á su furor.

SIEGLINDA.—Dí ¿á dónde puedo dirigirme?

BRUNNHILDA.—¿Cuál de vosotras conoce las tierras de levante?

SIEGRUNA.—Por este lado existe un bosque muy grande: Fafner llevó allí todo el Oro de los nibelungos.

SCHWERTLEITA.—Fafner convertido en dragón guarda allí en una cueva, el anillo de Alberich.

GRIMGERDA.—Poco seguro me parece aquel lugar para una mujer desamparada.

BRUNNHILDA.—Y con todo, no hay otro que mejor la proteja contra la venganza de Wotan porque éste teme aquel paraje.

WALTRAUTA.—El dios se acerca terrible.

LAS WALKYRIAS.—Brunnhilda, oye el estruendo que anuncia su llegada.

BRUNNHILDA.—(*Enseñando el camino á Sieglinda.*) Huye; vete hacia levante. Sufre con valor penas y fatigas: tanto si te aflige el hambre como la sed, tanto si las piedras como las espinas hieren tus pies, súpelo todo, riéte de tus males. Pues sabe, oh mujer,

que llevas en tus entrañas al héroe más grande del mundo. (*Saca de su coraza los pedazos de espada de Siegmund y se los entrega.*) Guarda para él los trozos de espada que logré recoger del lugar donde murió su padre. El que de nuevo forjada, vuelva á blandirla, lleve el nombre que yo le doy: llámese Siegfried y goce en paz de sus victorias.

SIEGLINDA.—(*Conmovida.*) ¡Oh, prodigio inmenso! ¡Virgen sublime! A tí debo el más dulce consuelo. Por el que amaba salvo al que amo ¡Pueda un día, en recompensa, sonreírte mi gratitud! ¡Salud; el dolor de Sieglinda te bendice! (*Vase apresurada por la derecha. Las cumbres de las rocas se cubren de negros nubarrones. Espantoso huracán sopla del fondo y un resplandor como de fuego ilumina el bosque por un lado.*)

LA VOZ DE WOTAN.—¡Oye, Brunnhilda!

ORTLINDA Y WALTRAUTA.—(*Descendiendo.*) Caballo y ginete llegan ya. (*Brunnhilda sigue un rato con la mirada á Sieglinda; luego examina el pinar y retrocede asustada.*)

LAS WALKYRIAS — ¡Desdichada de tí, Brunnhilda: no escaparás á su venganza!

BRUNNHILDA.—¡Ayudadme, hermanas!..... ¡Mi corazón desfallece! Si no calmáis á Wotan su cólera, me aniquilará.

LAS WALKYRIAS —(*Corren atropelladamente hacia las cumbres llevándose á Brunnhilda,*) Ven acá: que no te vea. Escóndete y no contestes á sus voces. (*Rodean á Brunnhilda con objeto de ocultarla y miran ansiosas hacia el pinar, iluminado por un resplandor de fuego. El fondo permanece oscuro.*) Wotan se apea airado de su corcel. Aquí se dirigen sus pasos vengadores.

## ESCENA II

WOTAN sale del pinar enfurecido y se para ante el grupo de WALKYRIAS que ocultan á BRUNNHILDA.

WOTAN.—¿Donde está Brunnhilda? ¿Donde estás hija indigna? ¿Quién osará esconderla?

LAS WALKYRIAS.—Terrible es tu furia. ¿Que hicieron, oh padre, tus hijas, para excitarte á tal furor?

WOTAN.—¿Os burlais de mí? Guardaos de hacerlo. Ya sé que escondeis á Brunnhilda. Apartaos de ella: es una réproba, pues se despojó de su propia dignidad.

LAS WALKYRIAS.—Solicitó nuestro amparo. Tu ira la llenó de angustia y espanto. Te rogamos, pues, por nuestra afligida hermana que moderes tu enojo.

WOTAN.—¡Oh mujeres de corazón tierno y compasivo! ¿De tan poco valor os doté? ¿Acaso os eduqué audaces y os di duro pecho, para que cuando castigase á una infiel os echaseis á llorar? ¿Sabeis que falta cometió la que ahora excita vuestra ternura? Ninguna como ella conocia mis pensamientos más recónditos; ninguna sabia como ella mis secretos deseos. Y ella fué quien rompió la sagrada alianza, ella quien hizo frente á mi voluntad burlándose de mi mandato; y ella la que empleó contra mi el arma que yo mismo le diera. ¿Lo oyes Brunnhilda, tú á quien di coraza, lanza, yelmo, amor, encanto, nombre y hasta vida? ¿Oyes que te acuso, cobarde, y te escondes para eludir el castigo?

BRUNNHILDA.—(*Sale de entre las walkyrias desciende la cumbre y se dirige con humilde pero seguro paso hasta cerca de Wotan.*) Aquí me tienes, padre: ordena tu castigo.

WOTAN. — No lo haré porque tu misma te castigas. Solo dependías de mi voluntad y te sublevastes contra ella: en vez de obedecer á mis órdenes te rebelaste contra mí: siendo tú mi deseo contra mí te llevó el anhelo: en vez de escudarme levantaste contra mi tu escudo: eras mi consejera y contra mí diste consejos: eliges por mi y me elegiste un contrario: tenías que llamar á los esforzados y valientes á combate y llamaste á un héroe en contra mía. Wotan te ha dicho lo que fuiste: lo que eres tu sola te lo sabes. Ya no eres mi deseo; ya no eres walkyría: se, pues, en adelante, lo que preferistes ser.

BRUNNHILDA. — (*Atemorizada.*) ¿Conque me rechazas, no es esto?

WOTAN. — Ya no podrás luchar por el Walhalla: no te señalaré ya más heroes á quienes conducir á mi palacio: ya no me presentarás la copa en los solemnes festines de los dioses: ya no volveré á besar tu boca candorosa. Quedas separada del ejército divino y expulsada del linaje de los dioses: rompióse nuestra alianza: desterrada estás de mi presencia.

LAS WALKYRIAS. — (*Agitándose desesperadas.*) ¡Oh dolor! ¡Ay! ¡Brunnhilda! ¡Hermanal!

BRUNNHILDA. — ¿Así me quitas cuanto me distes?

WOTAN. — No yo, sino aquel que te posea. En esta montaña te destierro y te sujeto á un sueño: el hombre que pasando te despierte será tu dueño.

LAS WALKYRIAS. — (*Rodean angustiadas á Brunnhilda que estará arrodillada ante Wotan y dicen alternativamente*) ¡Detente, padre! ¿Un mortal desflorar á la virgen? ¡Oh padre, oye nuestros ruegos; aparta esta ver-

güenza; ¡Oh dios terrible, inclemente, si un mortal desflora á la doncella ¡que afrenta para nosotras!

WOTAN.—¿No oiste cuanto os he dicho? La hermana infiel se ha separado de vuestro ejército; ya no cabalgará más con vosotras; sus atractivos virginales se marchitarán; tendrá que someterse y obedecer á un esposo, hilará junto al hogar, y será escarnio y desprecio de todos. *(Brunnhilda profiere un grito y cae á los pies de Wotan: las walkyrias se apartan horrorizadas.)* ¿Os espanta su suerte? Pues huid, alejaos de la culpable: si alguna de vosotras se atreve á quedarse con ella y defenderla y desafiar mi furor, ¡ay de ella porque compartirá el mismo castigo! Conque apartaos de aquí y evitad en adelante esa roca. Idos pronto: aquí os acecha la desgracia. *(Las walkyrias huyen dispersadas hacia el pinar, exhalando gritos de dolor. Aparecen negros nubarrones y se posan en las cumbres. Del pinar llega un ruido extraño y á la luz de un relámpago vese á las walkyrias cabalgar por los aires. Poco á poco va calmándose la tempestad y las nubes escampan. Crepúsculo vespertino durante la siguiente escena y finalmente noche clara y despejada.)*

### ESCENA III

WOTAN y BRUNNHILDA, que aun yace á los pies del primero, quedan solos é inmóviles. Largo y magestuoso silencio. Al fin Brunnhilda levanta lentamente la cabeza y empieza á hablar con timidez.

BRUNNHILDA.—¿Fué tan grande mi culpa que mereciese tan vergonzoso castigo? ¿Fué tan vil lo que hice, que á tal punto me reba-

¡as? ¿Tan deshonrosa mi falta que hasta la honra me quitas por ello? (*Animándose se levanta hasta quedar arrodillada.*) ¡Oh padre, di! ¡mírame bien: aplaca tu ira. Hazme ver claro el mal que cometí y que con tan inviolable rigor te obliga á separar de tí á tu hija más amada!

WOTAN.—(*Inmóvil y severo.*) Examina lo que hiciste y comprenderás tu falta.

BRUNNHILDA.—Cumplí tu mandato.

WOTAN.—¿Te mandé acaso que luchases por el Welsa?

BRUNNHILDA.—Así me lo ordenaste como dios del combate.

WOTAN.—Pero luego retiré la orden.

BRUNNHILDA.—Cuando Fricka te sustrajo tu propia voluntad: siguiendo sus consejos te hiciste enemigo de tí mismo.

WOTAN.—(*Amargamente.*) Siempre pensé que me habías entendido, y por esto te consideraba inteligente; mas si me creiste torpe y cobarde, no tendría que castigar una traición, sino condenarte sencillamente al desprecio.

BRUNNHILDA.—Aunque no lo sé todo, constábame que amabas al Welsa. (*Animándose.*) Conocía, igualmente, la discordia que te subyugaba, y que tenías que posponer todo tu amor á distintas consideraciones, negando tu apoyo á Siegmund, aunque tu corazón se desgarrase.

WOTAN.—¿Y á pesar de saber todo esto, te atreviste á protegerle?

BRUNNHILDA.—(*Por lo bajo.*) Porque en tu lugar veía lo que tú, ofuscado, no alcanzaste á advertir. La que en el combate fué escudo de Wotan, vió lo que tú no viste: ví á Siegmund. A él me presenté anunciándole

la muerte: contemplé sus ojos, escuché su voz, experimenté el dolor que devoraba al héroe; entristeciéme su pena y el tormento de su pasión; escucharon mis oídos y vieron mis ojos lo que en lo más profundo de mi pecho estremecía mi oprimido corazón. Acobardada y confusa solo pensé en socorrer al héroe; (*Animándose*) quería compartir con Siegmund la victoria ó la muerte. Quise seguir en todo, su propio destino. (*Calmándose*) Por el amor que infundiste en mi corazón, por la voluntad que me comunicaste y me unió con el Welsa, yo, la más fiel, me sublevé contra tu mandato.

WOTAN.—Con esto hiciste lo que tanto deseaba yo, pero que me era vedado por mis desgracias. ¿Con tanta facilidad pensate en gozar de las delicias del amor, mientras mi corazón soportaba indecibles angustias, mis afrentas me enfurecían, y por un mundo, tuve que impedir que manase de mi cuerpo la fuente del amor? ¡Mientras yo luchaba conmigo mismo, y despertaba de mi estupor, solo pensé en enterrar mi eterna tristeza en las ruinas del mundo! ¡tú te recreabas en los placeres, embriagándote de cálidas emociones, y saboreando los hechizos del amor, mientras yo apuraba el brebaje de hiel, sumido en mis penas divinales! (*Severo*) Déjame y tus ligeros conocimientos te guíen. Ya no atenderé más á tus consejos; ya nada podemos llevar á cabo juntos: mientras haya vida y aire, no volveré á verte el dios!

BRUNNHILDA.—Así pues, de poco te sirvió tu hija, que no supo comprenderte, creyendo que le aconsejabas amar lo que amababas tú. Temo apartarme de tí, pero si destro-

zas lo que estaba unido y airado rechazas parte de tu propio ser, oh dios, piensa que no puedes deshonorarte á tí mismo, ni procurarte una vergüenza, haciéndome á mí objeto de escarnio. ¡Serías indigno de tí mismol

WOTAN.—(*Tranquilamente.*) Contenta fuiste en pos de las delicias del amor: sigue pues ahora al que tendrás que amar.

BRUNNHILDA.—Si he de abandonar el Walhalla y no depender ya de tí, si he de someterme á un hombre que me domine, no me entregues á ningún cobarde, ¡sea un héroe el que me obtenga!

WOTAN.—Ya no dependes del dios; por lo tanto, no puedo elegirte tu destino.

BRUNNHILDA.—(*Bajo y con misterio*) Tú engendraste noble raza: ningún cobarde puede nacer de ella: el héroe más grande, lo sé, saldrá de los Welsas.

WOTAN.—¡No me hables de la generación de los Welsas! Separándome de tí me separo de ellos: ¡víctimas serán de la envidia!

BRUNNHILDA.—Yo, al separarme de tí les salvé. (*Confidencialmente*) En sus entrañas lleva Sieglinda el fruto sagrado; ella dará luz con agudos é incomparables dolores, la criatura que temerosa abriga en su seno.

WOTAN.—No me pidas nunca que proteja á esa mujer ni al fruto de sus entrañas.

BRUNNHILDA.—Sieglinda conserva la espada que diste á Siegmund.

WOTAN.—Y que yo hice pedazos. ¡No intentes, hija, quebrantar mi firmeza: forzoso te será resignarte á tu suerte: ¡yo no te la puedo escoger! Tengo que abandonarte y alejarme de tí: tiempo ha debería haberlo hecho. Me separo de la que se separó de mí: ya no

debo conocer tus deseos; sólo, sí, ver cumplido el castigo.

BRUNNHILDA. — ¿Qué castigo me impones?

WOTAN. — Te sumiré en profundo sueño: el que logre despertarte, aquel será tu esposo.

BRUNNHILDA — (*Arrodillándose*) Puesto que tu sentencia me condena á profundo letargo, exponiéndome á ser fácil botín de un hombre cobarde, oye la única súplica que te dirijo: proteja mi sueño algo que infunda espanto y terror; (*Decidida*) de modo que el más audaz y libre de los héroes logre llegar junto á mí.

WOTAN — Pides demasiado.

BRUNNHILDA. — (*Abrazándose á las rodillas de Wotan*) ¡Esto solo imploro de tí! Destroza á tu hija, rompe en pedazos á la virgen que se humilla á tus pies, pisotéala, mácala con tu lanza, pero, ¡oh, cruel, no la entregues á vergüenza tan atroz! (*Con delirio salvaje*) ¡Haz que circuyan la roca llamas enormes, y haz que éstas devoren á los atrevidos y cobardes que a ella se acerquen!

WOTAN. — (*Presa de piedad alza á Brunnhilda y la considera conmovido.*) Salud, pues, oh hija sublime, sagrado orgullo de mi corazón, salud, salud eterna. (*Apasionado.*) Puesto que debo alejarme de tí y no podré dirigirte jamás cariñosas palabras; puesto que nunca volverás á cabalgar á mi lado, ni á ofrecerme hidromiel; puesto que pierdo pare siempre á quien amaba, á la alegría de mi vida, ¡enciéndese para tí un fuego nupcial, como nunca ardió para novia alguna! ¡Abrasadoras llamas circundan la roca, espantan al débil y arredran al cobarde! ¡Sólo podrá despertarte aquel que sea más libre que yo, que soy un dios! (*Brun-*

*nhilda se arroja contristada y agradecida en brazos de Wotan. Después alza los ojos y contempla al dios largo rato.* ¡Esos relucientes ojos que besaba envanecido al premiar-te por tus esfuerzos cuando tus dulces labios balbucientes elogiaban á los héroes; esos relucientes ojos que tantas veces brillaron para mí en los combates cuando mis fuertes anhelos pedían mundos enteros de delicia llenos, ¡por última vez me extasio en ellos con el beso de la despedida! ¡Brillen sus pupilas para el más feliz de los hombres! ¡Ciérrense eternamente para el más desgraciado de los dioses! (*Coge la cabeza de Brunnhilda entre sus manos.*) Así te abandona un d os en este monte; así, besándote, te depoja de tu divinidad. (*La besa repetidas veces en los ojos. Brunnhilda se desmaya y cae suavemente en brazos de Wotan, quien la conduce sobre un lecho de musgo, cobijado por los frondosas ramas de un pino. Una vez más, contempla su rostro; después la ciñe el yelmo, y por fin recoge el enorme escudo de la walkyria y la cubre con él. Se separa lentamente de ella y vuelve á mirarla enternecido. Luego se encamina majestuosamente y con firme resolución al centro de la escena y dirige la punta de su lanza hacia una roca gigantesca.*) ¡Oyeme Loge! ¡Ven acá! Cual te encontré siendo fuego abrasador, cual huiste de mi siendo llama erante, cual te sujeté, vuelvo á sujetarte. ¡Sube ahora, llama oscilantel ¡Rodea de fuego el peñón! (*Golpea la roca.*) ¡Loge! (*Otro golpe de lanza.*) ¡Aquí Loge! (*Da un tercer golpe y surge de repente una fuente de fuego, que convertida luego en ardiente mar se desparrama al rededor del peñón forman-*

*do una inmensa hoguera.) ¡Quien tema el acero de mi lanza, no pase nunca á través de este fuego! (Tiende la lanza y mira afligido á Brunnhilda; luego avanza unos pasos, vuelve la cabeza y por fin desaparece entre las llamas.)*

TELON

# Biblioteca Selecta

Pesetas

JANET.—Filosofía de la felicidad . . . . .	1
SALUSTIO.—Conjuración de Catilina . . . . .	0'75
WAGNER.—Mis ideas. . . . .	1
ESPRONCEDA.—Desesperación - Arrepentimiento. . . . .	0'50
ZOLA.—¡Yo acuso! . . . . .	0'50
NIETZSCHE. — Así hablaba Zaratustra . . . . .	2
» Más allá del bien y del mal . . . . .	2
I. FARRÉ CARRIO.—Gramática catalana. . . . .	2
» Gramática castellana . . . . .	2

---

## Teatro sin damas

- 1.—La huelga de los herreros.  
(monólogo)
- 2.—Un minuto más tarde.  
(juguete en un acto)
- 3.—La batalla de Clavijo.  
(drama en un acto)

# TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección de las mejores obras dramáticas  
á CUATRO REALES tomo

*Ibsen.*—HALVARD SOLNESS.

» —HEDDA GABLER.

» —LOS PUNTALES DE LA  
SOCIEDAD.

» — UN ENEMIGO DEL PUEBLO.

» —CASA DE MUÑECA.

» —LA UNIÓN DE LOS JÓVENES.

» —BRAND.

» —EL PATO SILVESTRE.

» —ESPECTROS.

» —LA DAMA DEL MAR.

» —ROSMERSHOLM.

» —EL NIÑO EYOLF.

» —PEER GYNT

*Shakespeare.*—HAMLET.

» —OTELO.

» —LA FIERRECILLA

DOMADA.

*Balzac.*—LUCHA ETERNA.

*Strindberg.*—LA SEÑORITA JULIA.

» —PADRE.

*Sudermann.*—EL HONOR.

» —MAGDA

*Marlowe.*—FAUSTO.

*Pagano.*—MÁS ALLÁ DE LA VIDA.

» —EL DOMINADOR.

» —NIRVANA

» —ALMAS QUE LUCHAN

*Maeterlinck.*—LA INTRUSA.—LOS  
CIEGOS.—INTERIOR

*T. de Molina.*—D. GIL DE LAS  
CALZAS VERDE

» —EL VERGONZOSO E  
PALACI

» —LA VILLANA DE  
VALLECA

*Moratin.*—EL SÍ DE LAS NIÑAS.—F

» —CAI

*Hauptmann.*—ALMAS SOLITARI.

*Calderón.*—LA VIDA ES SUEÑO

*Dumas.*—LA DAMA DE LAS

CAMELIAS

*Gener-Omedes.*—EL SR. MINISTR

*Payró.*—SOBRE LAS RUINAS

*Butti.*—TRAS EL PLACER

*Molière-Moratin.*—EL MÉDICO

PALOS.—LA ESCUELA D

LOS MARIDOS.

*Ramos* —ALMAS REBELDES.

» —UNA BALA PERDIDA.

*Giacometti.*—LA MUERTE CIVIL.

*Wagner.*—EL ORO DEL RHIN.—L

WALKYRIA.

» —SIEGFRIED.—EL OCAS

DE LOS DIOSES

A DOS REALES tomo



Anónimo.—El diablo predicador.

Jovellanos.—El delincuente honrado

Labaila.—Los comuneros de Cataluña

